



Laboratorio de Arqueología - PUCE

Ernesto Salazar, 2004, Cuenca y su región: en busca del tiempo perdido. En *Cuenca, Santa Ana de las Aguas*, por Ernesto Salazar, Diego Jaramillo, Juan Martínez, Ana Abad, y Felipe Aguilar, pp. 18-85. Ediciones Libri Mundi, Quito.

El texto está completo; se han omitido las páginas que contienen fotos en gran escala (19, 21, 30-31, 36, 41, 44-45, 47, 52, 68, 70-71, 74-75, y 78), que pueden ser revisadas consultando la obra original.

Ernesto Salazar

Cuenca y su región: en busca del tiempo perdido



Páginas anteriores:
Olla ceremonial en
forma de fruto
perteneciente a
Cerro Nariño y
vasija cerámica con
poncho y figuras
humanas usada
como ofrenda
funeraria en
Tacalzhapa.
Colección Banco
Central, Quito.
Fotos R. Jones

Página opuesta:
Cañón del río
Jubones.
Foto M. García

La presentación de un panorama general de la arqueología de Cuenca implica rebasar los límites urbanos. Tradicionalmente, las investigaciones sobre el pasado local han tenido énfasis en los “cañaris históricos” y en los Incas, situación que vuelve perentorio un enfoque regional, que abarque en términos generales el antiguo territorio cañari, o sea las provincias de Azuay y Cañar, o en términos geomorfológicos, desde el Nudo del Azuay al norte, hasta el Río Jubones al sur, con las dos cordilleras andinas flanqueando el territorio al este y al oeste.

Las montañas son de volcanismo antiguo, más plegadas y más bajas que las de la Sierra septentrional, al norte del Nudo del Azuay. Sin embargo, en tiempos pleistocénicos, debieron haber sido fuertemente erosionadas por las glaciaciones cuaternarias, como lo muestran los altos valles glaciares del Nudo del Azuay, el macizo del Cajas y la Cordillera Oriental de las provincias de Azuay y Cañar. Estas montañas tienen generalmente la fama de “bravas”, percepción que arranca sin duda de tiempos precolombinos; no de otra manera se puede interpretar la abundancia de cerros sagrados en territorio cañari.

La región es de gran potencial agrícola por estar regada por numerosos ríos entre los cuales se deben citar el Cañar que desagua al occidente, el Paute hacia el Amazonas y el Jubones, nuevamente hacia el occidente. Los valles formados por estos ríos y otros afluentes menores fueron intensamente poblados, constituyendo en épocas tardías las numerosas “*llactakuna*” que conformaron los señoríos cañaris. Estos pueblos y sus invasores incas, eventualmente dejaron profunda huella en la región, a juzgar por los numerosos monumentos precolombinos que yacen en su territorio. Por otro lado, ocupaciones menos preminentes han dejado abundante material cerámico y lítico, que ahora es objeto de acucioso escrutinio por parte de los arqueólogos, con miras a establecer una secuencia cultural o una periodización básica, que permitan la reconstrucción del pasado precolombino.

En este capítulo se hace una revisión del registro arqueológico de Cuenca y su región, con una interpretación cultural en la que se analizan las posiciones antiguas junto con las nuevas que representan retos cada vez más exigentes para la disciplina arqueológica. Se exponen, además, los dilemas de la arqueología cuencana que debe orientar sus objetivos hacia una reconstrucción cabal del pasado.

Tras los vestigios del pasado

Las investigaciones en la región de Cuenca se inician en la segunda mitad del siglo XIX, con el esfuerzo de varios intelectuales cuencanos por dilucidar la naturaleza de la cultura y la sociedad de los “cañaris históricos”, protagonistas de acciones decisivas en la invasión inca, el colapso del imperio y la conquista española. Las investigaciones giraron en torno a la revisión de documentos históricos, la mitología cañari, la división política y administrativa, sin atender demasiado a la cultura material dejada por los cañaris precolombinos. De hecho, investigadores clásicos como Federico González Suárez y Julio Matovelle ni siquiera conocían los sitios monumentales atribuidos a los “cañaris históricos”, como las ruinas de Chobshi y Shabalula.

Pero la época fue de acontecimientos extraordinarios. Desde 1850 hasta las primeras décadas del siglo XX, la región asistió al descubrimiento, y saqueo, de riquísimas tumbas precolombinas que contenían individuos literalmente “forrados” de oro, acompañados de impresionantes ajuares funerarios, las más de las veces, también de oro. Los arqueólogos, que visitaban ya el país, a comienzos del siglo XX, llegaron por supuesto muy tarde a la zona, ya sea para impedir el saqueo o para obtener alguna información de primera mano. Lastimosamente, esta circunstancia se repetiría algunas veces más, en detrimento de la arqueología cuencana.

Cuando las tumbas de Chordeleg y Sigsig habían sido ya vaciadas y la euforia había cedido al disfrute de los lingotes obtenidos de la fundición del oro precolombino, la investigación se volvió a la presencia inca en la región. Ahora se trataba de ubicar el emplazamiento de la ciudad imperial de Tomebamba, que algunos estudiosos lo ponían en el barrio pe-

Max Uhle en las ruinas de Ingapirca en 1922 en la Monografía del Azuay.
Colección Matthias Abram

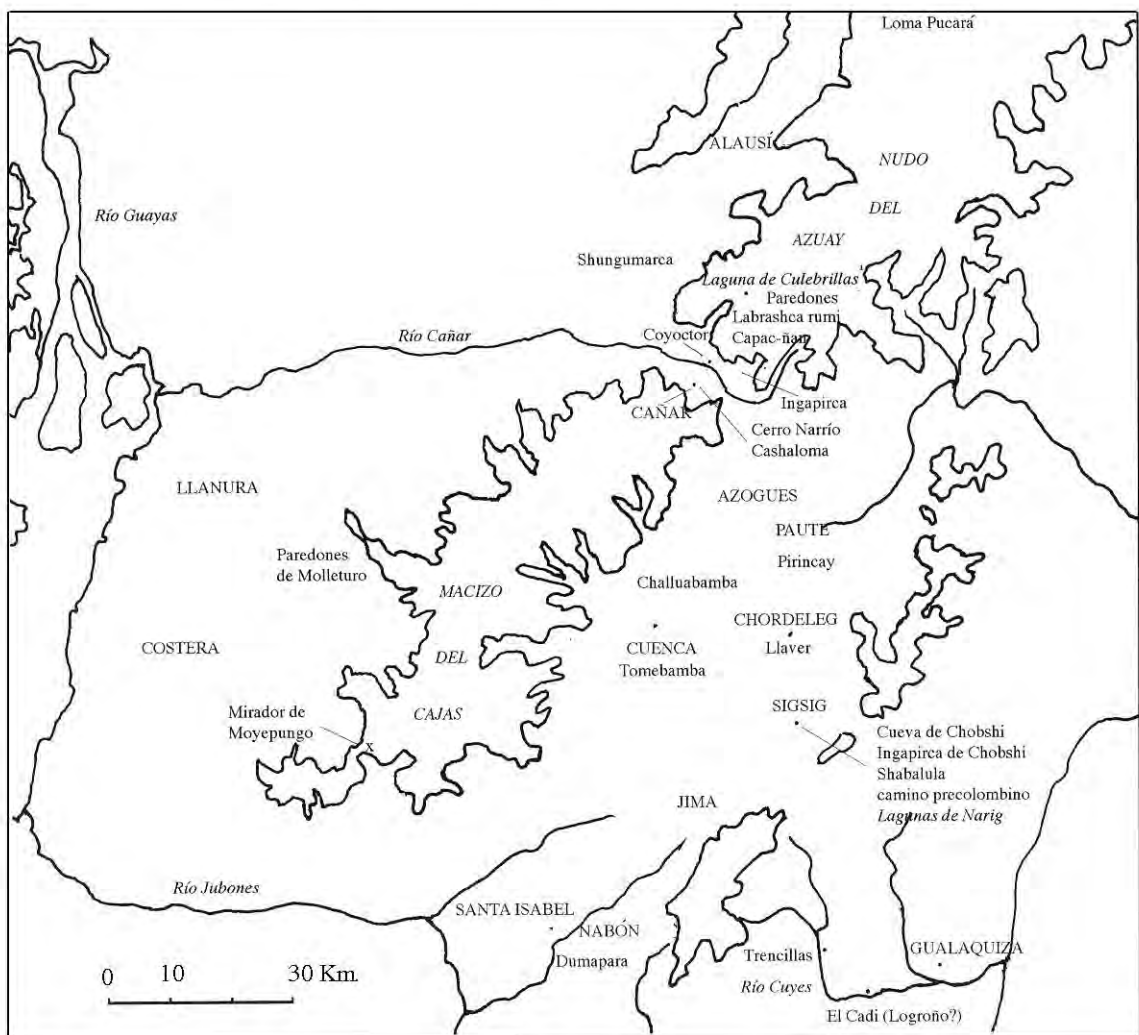


riférico de Pumapungo en Cuenca, y otros en las riberas del río Jubones. La larga disquisición histórica, protagonizada por expertos de gabinete que apenas habían salido de exploración al campo, se zanjó en la década de 1920 con las excavaciones del gran Max Uhle (1923b) en Pumapungo, que pusieron a luz los edificios de la ciudad imperial.

Se pudiera pensar que el sensacional descubrimiento hubiese llevado a la pequeña ciudad de entonces, y al mismo país, a implementar alguna política de conservación de Tomebamba, pero nada de eso ocurrió. Más bien el foco del interés arqueológico se desplazó al norte, a las ruinas de Ingapirca. Cuando 60 años después, los arqueólogos regresaron a Pumapungo, los jesuitas tenían ya construido el Colegio Borja sobre el *Mullucancho inca*, y todo un barrio de casas obliteraba para siempre las ruinas del templo de Viracocha.

Eventualmente, Ingapirca sería objeto de varias intervenciones arqueológicas, particularmente de la Misión Española bajo dirección de Alcina Franch, aun-

Mapa de ubicación de sitios arqueológicos en la Cuenca precolombina.



que con resultados científicos magros si se considera la importancia de este monumento arqueológico. Por otro lado, exploraciones aisladas permitirían el descubrimiento o redescubrimiento de no menos importantes ruinas incas, como el complejo de Culebrillas, Coyoctor, Shungumarca, Paredones de Molleturo, y el Mirador de Mollepungo, algunas de las cuales aparecen ya descritas tempranamente en la Revista del Centro de Estudios Históricos y Geográficos de Cuenca, órgano regular por varias décadas de las investigaciones en Cuenca y su región. Se logra también ubicar el tramo sur del Capac-ñan, pero en el camino quedaron desatendidos algunos sitios como las ruinas de Nabón y los sitios del Jubones, que sufren casi destrucción total.

Como puede verse, la arqueología cuencana ha enfatizado grandemente el estudio de las ocupaciones tardías. Pero ¿qué sucedió culturalmente en los siglos o milenios anteriores al surgimiento de los “cañaris históricos” y la invasión inca?



El vacío histórico es inmenso y son muy pocas las investigaciones realizadas. Cabe, sin embargo, señalar que Cuenca y su región han sido objeto de varios reconocimientos arqueológicos con el fin de registrar sitios relevantes y, más que todo, identificar complejos cerámicos en una región poco conocida arqueológicamente. En este contexto se destacan el reconocimiento realizado por Max Uhle (1922b) en las provincias de Cañar, Azuay y Loja;

posteriormente, en 1943, el de Collier y Murra (1982) de gran parte de la región, desde Alausí hasta el Río Jubones. Y en 1946, el de Bennet (1946), de la zona de Cuenca y valles adyacentes, con enfoque especial en el sector conocido como El Descanso. Así mismo, Carmichael *et al.* (1979) realizó una prospección arqueológica en la zona de Minas, en el río Jubones. Finalmente, hay que mencionar la prospección arqueológica del valle de Cuenca por Idrovo

(1984) y el extenso reconocimiento de las provincias de Azuay y Cañar realizado por Almeida (1991, 1997).

Desde los primeros reconocimientos fue evidente que existía una ocupación formativa, llamada Cerro Narrío, y que entre ésta y la invasión inca, había un vacío cultural que, a lo largo de los años, ha sido llenado con dos estilos cerámicos locales, Cashaloma y Tacalzhapa, reconocidos por los especialistas desde hace mucho tiempo, pero sin asignarles cronología ni distribución espacial específicas. Recientemente, Idrovo (2000) ha propuesto la existencia de otros estilos cerámicos. La reconstrucción cultural que sigue a continuación tratará de analizar la evidencia arqueológica y la documentación histórica pertinente con miras a proporcionar un panorama general del pasado precolombino de nuestra región.

Los primeros asentamientos

La historia de Cuenca y su región comienza con la llegada de cazadores recolectores hace aproximadamente 10 000 años. Por cierto, la zona está lejos de haber sido totalmente explorada en busca de los rastros de sus primeros habitantes. El registro arqueológico muestra, por esta época, la presencia de cazadores recolectores a lo largo del callejón interandino, ya sea en hallazgos aislados de puntas de proyectil líticas (provincias de Carchi, Imbabura, Loja) o en sitios de ocupación entre los que se destacan los asentamientos del cerro Ilaló, provincia de Pichincha.

La información obtenida en el Ilaló, particularmente El Inga, San José, San Cayetano, y otros, indica que bandas de cazadores, equipados con una avanzada tecnología lítica de obsidiana y basalto, habrían ocupado el bosque montano interandino y el páramo. Lamentablemente, la base de su subsistencia no ha podido ser dilucidada, por cuanto los lugares en mención no dieron evidencia de alimentos consumidos. Sin embargo, en 1972, el arqueólogo Thomas Lynch excavó, en la provincia del Azuay, la cueva de Chobshi. Su trabajo mostró indicios de una ocupación precolombina e importante información sobre la subsistencia de los cazadores tempranos.

La cueva se encuentra en el cantón Sigsig, a poca distancia de la cabecera cantonal, en una ladera que baja al río Santa Bárbara, a 2400 m de altura sobre el nivel del mar. Tiene una planta de 20 m de ancho y 8 ó 9 m de profundidad, que

*Página opuesta:
Pieza cerámica
Cashaloma.
Colección Banco
Central, Cuenca*

*Cueva de Chobshi
en la provincia del
Azúay.*
Foto E. Salazar

se prolonga adelante en una terraza de 25 m de ancho, cortada bruscamente por el talud de la quebrada de Puente Seco, afluente del mencionado río (Lynch y Pollock 1981:92). Al tiempo de la intervención arqueológica se encontró el interior de la cueva desmantelado por excavaciones clandestinas, razón por la cual el trabajo de Lynch tuvo que limitarse a las zonas que contenían depósitos de ocupación intactos, incluyendo parte de la terraza. De las actividades previas a la investigación de Lynch existe solo un pequeño informe de una recolección superficial realizada por Gustavo Reinoso (1970).

La cueva de Chobshi produjo una importante industria lítica de *chert* y rocas metamórficas, cuyas fuentes de aprovisionamiento eran locales, probablemente la quebrada de Puente Seco, y las orillas del río Santa Bárbara. Entre materias primas no locales se cuenta con obsidiana en una pequeña muestra de apenas 17 artefactos, cuya importancia se comentará más adelante.

Lynch y Pollock han determinado en el sitio la presencia de unos 50 diferentes tipos de artefactos líticos, entre los que cabe mencionar puntas de proyectil, utensilios denticulados, raspadores diversos, útiles estrangulados, núcleos, *choppers*, buriles, machacadores, y cuchillos. A esto se debe añadir la pequeña muestra de artefactos de hueso recolectados por Reinoso (1970:235), entre los que fi-





*Exvotos de concha
Spondylus conocidos
como ucuyayas y
hallados en la cueva
de Chobshi.
Colección Banco
Central, Cuenca
Foto O. Vázquez*

guran varios punzones. En suma, disponemos de un conjunto lítico y óseo que sugiere la realización de diferentes actividades que corresponden a un campamento de cazadores tempranos en el lugar. La cronología fue posible gracias a las muestras obtenidas tanto por Lynch como por Reinoso, que, al ser datadas por radiocarbono, señalaron una ocupación de 2 475 años, entre 8060 y 5585 a. C.

La materia prima utilizada, que a veces impacta más que los tipos de utensilios fabricados con ella, llevó inicialmente a algunos investigadores a postular que la industria lítica de la cueva de Chobshi era diferente de la del Ilaló y más afín con las industrias líticas del norte del Perú. Ciertamente, un mismo tipo de punta de proyectil hecho de obsidiana y de *chert* luce diferente en ambas materias primas, con una evidente finura de acabado en el ejemplar de obsidiana, en razón de que esta materia prima es más fácil de trabajar que el *chert*. Por ello, no sorprende que, *grosso modo*, una industria lítica de obsidiana pueda parecer diferente de una *chert*, y peor aún de rocas metamórficas.

En realidad, la verdadera distinción entre industrias líticas se dilucida solamente con un atento examen de los tipos de artefactos que contienen y de la tecnología empleada en su manufactura. Con excepción de las puntas cola de pescado (en el

país, exclusivas de los sitios del Ilaló), en la cueva de Chobshi hay gran profusión de tipos del norte, como útiles estrangulados, raspadores, buriles, y puntas de proyectil, con rasgos tecnológicos muy similares a los de la industria lítica de Ilaló. La sola presencia de la tecnología del buril, casi desconocida en el continente americano, es un indicio relevante de afinidad entre las industrias líticas de Chobshi y el Ilaló.

Algún contacto con el norte, aunque sea indirecto, parece estar evidenciado por la presencia en la cueva de Chobshi de varias piezas de obsidiana, algunas de las cuales son utensilios tallados. La obsidiana es un vidrio volcánico formado en flujos ácidos que se enfría rápidamente, razón por la cual no es abundante en el planeta. En el Ecuador existe en forma natural solamente en la sierra-norte. Varios afloramientos, entre ellos los flujos de Mullumica y Quiscatola-Yanaurco, fueron descubiertos por el autor en 1977-78, en la cordillera Oriental de la Provincia de Pichincha (Salazar 1980). Como la obsidiana tiene la característica de que puede ser rastreada hasta sus fuentes por medio de análisis de fluorescencia de rayos X (XRF) y activación neutrónica (NAA), se sometieron a examen las muestras de la cueva de Chobshi en el Lawrence Berkeley Laboratory de la Universidad de California. El resultado fue que provienen de los dos flujos mencionados arriba (Burger *et al.* 1994:242). De alguna manera, 17 piezas de obsidiana de Quiscatola y Mullumica “viajaron” 450 km hasta llegar a su destino final, la cueva de Chobshi. Este es el primer caso de intercambio demostrado en el Ecuador precolombino.

La afinidad tecnológica engloba también los talleres tempranos excavados por Matilde Temme (1982) en Cubilán, en el límite entre las provincias de Azuay y Loja. En torno a varios fogones se observan artefactos de pedernal, como raspadores, cuchillos y puntas de proyectil de forma y tecnología similares a las de Ilaló y Chobshi.

Por cierto, tampoco se puede descartar completamente alguna influencia de los Andes peruanos. Son característicos de Chobshi unos implementos, parecidos a puntas de proyectil, lanceolados que pudieron haber sido utilizados como arma de caza o cuchillo. De hecho, este artefacto es conocido en los Andes y en Argentina como “punta de Ayampitin”, muy difundido en la llamada “tradición andina de caza-recolección”, ubicada cronológicamente entre 7000 y 5000 a. C. (Willey 1971:31). Las manifestaciones de esta tradición en el Ecuador son las ocupaciones El Inga II y III, Las Vegas, y la cueva de Chobshi.

Además del conjunto de artefactos, la cueva produjo una abundante muestra de restos de fauna (Lynch y Pollock 1981:98) que incluye las siguientes especies: zarigüeya (*Didelphis albiventris*), conejo (*Silvilagus brasiliensis*), puerco espín (*Coendu bicolor*), sachacuy (*Agouti taczanowskii*), perro (*Canis familiaris*), tapir o danta (*Tapirus pinchaque*), venados (*Odocoileus virginianus*, y *Pudu mephistopheles*), oso de anteojos (*Tremarctos ornatus*), y falsa perdiz (*Nothocercus curvirostris*). Aunque no hay evidencia arqueológica, no se puede descartar la explotación de recursos fluviales (la preñadilla) y lacustres (i.e. patos y huevos de aves).

Hay varias observaciones que hacer respecto a esta muestra de fauna. En primer lugar, ha proporcionado la única información disponible sobre animales cazados por los habitantes tempranos del país. Los asentamientos del Ilaló, por tener mayor antigüedad (aunque en sus fases finales debieron ser contemporáneos de la ocupación de Chobshi), han sido objeto de especulaciones sobre su subsistencia, entre las que se ha señalado la caza de megafauna pleistocénica. Décadas de infructuosa búsqueda de asociación de humanos con animales pleistocénicos (mastodontes, tigres diente-de-sable, caballos antiguos, etc.), llevaron al autor a postular la desaparición temprana de estas especies, por efectos del endémico volcanismo de la sierra norte a fines del Pleistoceno (Salazar 1999). La extinción de la megafauna ecuatoriana, particularmente del mastodonte, desaparecido hace más de 15 000 años, antes de la llegada de los humanos al país (Ficcarelli *et al.* 1992, 1997) ha comenzado a ser documentada estratigráficamente por la misión paleontológica italiana. En este contexto, el reciente descubrimiento en la península de Santa Elena de un mastodonte asociado con “herramientas primitivas” (Stoother 2003:23), debe ser visto con cautela, hasta que nuevas investigaciones determinen si se trata de un hallazgo paleontológico o arqueológico.

La muestra fáunica de Chobshi indica claramente que los habitantes tempranos (y en esta fase incluimos los ocupantes de los sitios del Ilaló), consumían especies netamente holocénicas. Otro detalle importante: el conjunto de fauna de la cueva incluye tanto especies serranas (i.e. venados, perdices, conejos, etc.) como de las estribaciones orientales de la cordillera (i.e. el erizo o puerco espín, el oso de anteojos, y la danta de montaña). Tal diversidad de fauna tiene una sola impli-

Páginas siguientes:
Campo de chochos
(*Lupinus mutabilis*),
planta nativa de la
zona.

Foto M. García

cación: el territorio de los cazadores-recolectores tempranos comprendía el bosque montano, el páramo y acaso la periferie de la selva tropical, a la que se accedía en incursiones esporádicas (Salazar 1990:109). Y en este respecto, la ubicación geográfica de la cueva de Chobshi no deja de ser relevante. Al sur, en un rango no mayor a dos km, se encuentran las lagunas de Narig, Quingor y Chobshi, que pudieron haber sido aprovechadas para la captura de patos y recolección de huevos. Además, la zona de Sigsig tiene pasos de montaña hacia las selvas del río Cuyes y Gualaquiza, tradicionalmente utilizados en las penetraciones coloniales a la selva alta, y conocidas probablemente desde tiempos precolombinos.

Por último, cabe relieves la presencia de restos de perro en los depósitos culturales de la cueva. Además de constituir el perro más antiguo del Ecuador, este cánido está claramente asociado con actividades de caza, ayudando al humano en la ubicación y la recuperación de las presas. El desplazamiento del perro de la caza al perro doméstico ocurrirá algunos milenios después, cuando ya se haya afianzado la agricultura como medio básico de subsistencia.

Dicen que no sólo de pan vive el hombre. Por ello bien cabría preguntarse qué productos vegetales consumían los habitantes tempranos del país. Lamentablemente, en este punto, debemos admitir que no existe evidencia arqueológica del consumo de vegetales. Sin embargo, aunque la Sierra ecuatoriana ha quedado grandemente desprovista de su cobertura vegetal original, todavía existen en nuestros campos plantas comestibles en estado silvestre o semi-domesticado, muchas de las cuales pudieron haber sido consumidas por los cazadores-recolectores tempranos. La *Enumeración Botánica* de Cordero (1950), que contiene plantas nativas de las provincias de Azuay y Cañar, puede ser una guía muy útil para acercarnos a una dieta especulativa de los ocupantes de la cueva de Chobshi: el *cañaro* (*Erythrina umbrosa*), las moras silvestres (*Rubus* sp.), el *chamburo* (*Carica* sp.), el *gullán* (*Tacsonia tripartita*), el *aguacolla* o *gigantón* (*Cereus peruvianus*), la *tuna* (*Opuntia tuna*), la *uvilla* (*Physalis peruviana*), el *sacha pepino* (*Lycium fuchsoides*), amarantáceas como el *bledo* y el *ataco*, algún antepasado del *tocte* (*Juglans nigra*) y del *capulí* (*Prunus salicifolia*), la *achupalla* (*Pourretia pyramidata*), la *ni-gua* (*Margyricarpus setosus*), el *bledo* (*Nasturtium officinale*), tubérculos silvestres de los géneros *Solanum* y *Dioscorea* (*sacha-papas*), la *ashpa-quinua* (*Chenopo-*

dium sp.) y el *ashpa-chocho* (*Lupinus* sp.). El páramo tiene pocos recursos comestibles, pero antes, como hoy, se debió haber utilizado su flora medicinal.

De la cacería a la agricultura

Por su cronología y la naturaleza del utillaje lítico, la ocupación de la cueva de Chobshi ha sido asignada a la tradición andina de caza y recolección, que es un modo de vida arcaico, caracterizado por una economía de amplio espectro: gran diversidad de las presas de cacería capturadas, y mayor diversidad aún en el consumo y manipulación de las especies vegetales.

Los cazadores recolectores de Chobshi, tuvieron, sin duda, un entorno privilegiado: zonas templadas como las de los cercanos valles de Paute y Gualaceo, bosque montano en su entorno inmediato de Sigsig, páramos y selvas de estribación oriental en la cercana cordillera. Además, recursos fluviales y lacustres en el río Santa Bárbara y en las lagunas aledañas. Este tipo de entorno es muy proclive a la manipulación de especies, incluyendo el traslado de éstas de una zona a otra con fines de “cultivo”.

En efecto, el período arcaico marca el inicio de la domesticación de plantas y animales que culminará en un cambio revolucionario: el abandono de la caza recolección y la adopción de la agricultura como medio básico de subsistencia.

Por cierto, se desconoce qué rol tuvo la zona de Chobshi, y en realidad la sierra ecuatoriana en general, en el gran proceso de domesticación gestado en los Andes Centrales. Cuando las primeras evidencias de consumo de vegetales aparecen en el registro arqueológico serrano, hacia 1500 a. C., las plantas ya no se encuentran en estado silvestre sino domesticado. Para esta época, el inventario de la sierra parece ya tener el *set* completo de plantas domesticadas: papa (*Solanum tuberosum*), oca (*Oxalis tuberosa*), melloco (*Ullucus tuberosum*) y otros tubérculos andinos, maíz (*Zea mays*), quinua (*Chenopodium quinoa*), chocho (*Lupinus mutabilis*), zapallo (*Cucúrbita maxima*). Cabe mencionar que la domesticación de animales no fue tan exitosa en los Andes, ya que se limitó a la llama (*Lama glama*), la alpaca (*Lama pacos*), el cuy (*Cuniculus porcellus*) y alguna variedad de perro. El resto de animales que pastan en nuestros campos fueron domesticados en otras latitudes e introducidos en tiempos de la Colonia.

¿Qué cambios sociales y culturales ocurrieron entre el 5000 y el 2000 a. C.? Nada se sabe, porque después de la desaparición de los cazadores de Chobshi, la región de Cuenca tiene un vacío histórico de 3 000 años en que no se ha producido evidencia arqueológica alguna. Cuando volvemos a encontrarla, la región está ya poblada de aldeas agrícolas que producen su propio alimento y que hasta consumen sus propios animales domesticados. La caza y la recolección habrán continuado, pero en proceso de retirada, a medida que se afianzaba el modo de vida agrícola.

*Laguna de Chobshi,
uno de los sitios
precolombinos de
mayor importancia.*

Foto E. Salazar



La agricultura llevó a cambios fundamentales en la sociedad. Por lo pronto, la sedentarización, requisito indispensable para el cuidado diario de parcelas. Luego, el control de plagas y malezas, el control del agua, el control de los elementos (vía shamanes y otros especialistas de los ritos agrícolas), en fin, la adopción de un nuevo repertorio dietético y gastronómico que requirió la invención de la cerámica. No sin razón se ha dicho que la adopción de la vida agrícola fue la primera gran revolución de la sociedad humana.

¿Los mayas pasaron por aquí?

La precedencia de la Costa en iniciar la revolución agrícola está fuera de duda. La cultura arcaica Las Vegas (península de Santa Elena), anterior a Valdivia,

ha dado evidencias de que practicaba ya una incipiente horticultura de maíz y calabazas (*Lagenaria* sp. Y *Cucurbita* sp.) (Stohtert 1988:239). En cambio, la cueva de Chobshi, de ocupación contemporánea a la de Las Vegas, no ha proporcionado evidencia de cultivos tempranos. Sin embargo, es muy probable que, con posterioridad a la ocupación de Chobshi, grupos de horticultores arcaicos hayan poblado la Sierra meridional, sin haber inventado o adoptado la cerámica, como ha sucedido, por ejemplo, en la costa peruana (Lanning 1967: 53, 74).

Hasta que estos grupos sean identificados con evidencia adecuada, la arqueología no tiene otra opción que concentrarse en el estudio de los complejos cerámicos, cuya cronología se encuentra entre 3500-500 a. C., en que se ubica el período Formativo de la periodización de la arqueología ecuatoriana.

La primera ocupación cerámica fue encontrada y excavada en 1943 por Collier y Murra (1982)¹ en el sitio de Cerro Narrío, una colina de 100 m de altura, en las afueras de la ciudad de Cañar, en la provincia homónima. Los investigadores estadounidenses llegaron, por cierto tarde, al sitio que había sido prácticamente devastado por los *huaqueros*, desde que, en 1922, un muchacho local había encontrado algunos objetos de oro en la colina. Max Uhle que, a la época, se encontraba en Ecuador, visitó el sitio, sorprendiendo *in fraganti* a una pequeña muchedumbre que saqueaba el lugar: “*Todo Cañar está extremadamente excitado por los hallazgos ocurridos la semana pasada. Los excavadores nativos han invadido el Cerro Narrío y su número crece día a día. Ellos se consideran dueños de la situación y ninguna fuerza local podría hacerles abandonar el lugar. El sábado había talvez 200 personas trabajando en la colina; ayer y hoy serían talvez 400... Unas cinco tiendas han sido instaladas y mucha gente trabajaba día y noche. Al anochecer se les encuentra cavando; viven, comen y duermen en la colina...*” (Uhle, en Collier y Murra 1982:46).

Lo curioso del caso es que el hallazgo de oro fue mas bien esporádico y en poca cantidad, todo lo cual vuelve imperdonable el saqueo de Cerro Narrío. Afortunadamente, entre tanto hueco y cráter que cubría el sitio, Collier y Murra lograron encontrar áreas intactas que pudieron ser excavadas sistemáticamente. Cerro Narrío resultó ser un sitio con depósitos culturales de dos a tres metros de espesor, dónde, además de cerámica abundante, se encontraron artefactos de hueso y

concha, estructuras habitacionales de forma rectangular y elipsoidal, fogones y suelos apisonados. Lamentablemente, la investigación se realizó siete años antes de que fuera inventado el método de datación del carbono-14, por ello no se recogieron muestras de carbón para datar Cerro Narrío.

Los investigadores dividieron el grueso depósito cultural en dos períodos, Narrío Temprano y Narrío Tardío. Al primero le caracteriza una cerámica de color rojo sobre leonado muy fina (platos, cuencos y ollas globulares), y la presencia de artefactos de concha marina y de agua dulce y caracoles grandes con diseños grabados. De particular importancia son los pendientes de concha *Spondylus* con cabeza antropomorfa, conocidos localmente como *ucuyayas*. Al segundo período le caracteriza una cerámica del mismo color, pero generalmente más gruesa e inclusive tosca, acompañada de artefactos de hueso (punzones, espátulas y agujas), y algunos artefactos cerámicos (figurinas planas, pulidores y los conocidos tambores o asientos grandes y de paredes gruesas). Además, estructuras de casas, con restos de los techos de paja, tumbas con ajuar funerario y algunos objetos metálicos de cobre y oro, probablemente introducidos por intercambio. Entre este material aparecen también restos cerámicos de estilos Tacalzhapa, Cashaloma, Puruhá y Tuncahuán, cronológicamente posteriores a la ocupación Narrío (Collier y Murra 1982: 110ss).

Aunque la cronología de la ocupación Narrío es desconocida, los dos períodos establecidos por Collier y Murra han quedado bien identificados. De hecho, uno y otro han aparecido en otros sitios de la región, entre el Nudo del Azuay y el río Jubones. Especial atención ha merecido la cerámica fina temprana, mejor conocida como Challuabamba por el sitio epónimo (Provincia del Azuay) que ha dado las mejores muestras del conjunto alfarero y que fue descubierto y excavado por Uhle un par de décadas antes de la llegada de Collier y Murra. Llamada “cáscara de huevo” por la finura de las paredes de las vasijas, esta cerámica impresionó profundamente a Max Uhle (1922b:210):

“Numerosos vasos son de una sutileza como de cartulina. Su redondez exterior es siempre perfecta, como producida con la rueda moderna de los alfareros”.

Tan bonita en verdad, y tan disímil en comparación con otros conjuntos cerámicos del país, que Uhle puso en tela de duda que la cerámica Challuabamba

*Página opuesta:
Vasija adornada con
serpientes. Cerámica
ceremonial de Cerro
Narrío.
Colección Banco
Central, Quito
Foto R. Jones*

fuera autóctona de la región. La gran sorpresa no se hizo esperar. En 1922 anunció que esta cerámica y objetos asociados se produjeron en Cuenca y su región como resultado de una migración maya al país (Uhle 1922b). Por cierto, la teoría es de mayor envergadura. En los primeros cinco siglos de nuestra era, la civilización maya habría sido la protagonista de grandes migraciones hacia América del sur. Y lo habría hecho de varias formas: unas veces trayendo directamente su acervo cultural y otras, por medio de culturas, particularmente centroamericanas, que a su vez habrían migrado trayendo en su acervo cultural los elementos mayas, que luego en su lugar de destino, habrían adquirido peculiaridades locales (Uhle 1923:88). De las cinco migraciones propuestas, la tercera habría llegado a las provincias de Azuay y Cañar, no en su estado puro, sino a través de los Chorotegas centroamericanos (de ahí el término “mayoide”, que Uhle aplica a la cerámica de Challuabamba).

La teoría de Max Uhle puso en vilo a la comunidad científica. Además del rechazo creciente que, con el transcurso del tiempo, arreciaría contra las teorías difusionistas, es evidente que Uhle no presentó un argumento sólido en su defensa. De hecho, su presentación de la evidencia es un atropellado discurso de descripción de objetos challuabambas, con eventuales apuntes sobre la similitud que guardan con algún objeto maya o centroamericano². Nada dijo de por qué los mayas habrían escogido Azuay y Cañar como objetivo de su misión civilizadora ni las razones de por qué los proto-cuencanos habrían aceptado su presencia.

En el Ecuador no hubo mayor barullo sino adhesiones. No tardó Jijón y Camaño (1930) en hacer llegar también a los Chorotegas a la sierra central del país. Y en Cuenca, el lingüista Manuel Moreno Mora, hizo lo mismo, aunque proponiendo una rectificación a la teoría de Uhle. En efecto, según Moreno (1955:40), no hubo migración vía Chorotegas, sino una auténtica y genuina desde la misma patria ancestral de los mayas, Guatemala. Adoptando un difusionismo extremo, Moreno (1955:75) plantearía, sin fundamento, que el calendario y la religión quichuas (?) del Ecuador tienen también su origen en los mayas. Más aún, propuso que hasta la lengua quichua se formó a partir de elementos “mayances y chibchas”, cuya singular concurrencia en la sierra ecuatoriana, le convierte prácticamente en único lugar de origen, desde donde la lengua se habría expandido hacia

el sur (Moreno Mora 1955:30). Con semejante propuesta, nadie dudará que Moreno pasó pronto a compartir el rechazo sufrido por Uhle. Su *Diccionario Etimológico y comparado del kichua del Ecuador* (Moreno Mora 1955, 1967) es ahora un desacreditado monumento a la teoría mayoide en el Ecuador.

Es hora de buscar fuentes más humildes para la cerámica Challuabamba y, de paso, para el período temprano de Cerro Narrío. En su panorama del Formativo de la sierra ecuatoriana, Bruhns (2003:162) rastrea el origen de la cerámica fina a Chorrera (Formativo tardío) en la costa ecuatoriana. Cerro Narrío produjo también algunas muestras de cerámica iridiscente asociada con esta fase cultural. Así mismo, la pintura ahumada negra, característica de Chorrera, está presente en Cerro Narrío, aunque Lathrap (1976:34) opina que la influencia estilística habría ido del sitio serrano a la Costa. Por último, la presencia en Cerro Narrío de concha *Spondylus*, señala que la conexión con Chorrera era efectiva.

Estos detalles, entre otros, han permitido ubicar cronológicamente a Cerro Narrío temprano en el periodo Formativo Tardío de la arqueología ecuatoriana (hacia 1500 a. C.). El arqueólogo Robert Braun (1982) realizó, en la década de 1970, un intento por reordenar los materiales de Cerro Narrío, concluyendo con una secuencia de 1 620 años, o sea desde 2580 a. C. a 960 a. C., con lo cual Cerro Narrío habría comenzado siendo contemporáneo de la fase Valdivia de la costa (Braun 1982:47). Este trabajo circuló en fotocopia por unos diez años, y cuando finalmente fue publicado, los arqueólogos rechazaron unánimemente la cronología sugerida, particularmente por la ausencia en el Formativo de la sierra meridional de relaciones con los estilos Valdivia y Machalilla (Bruhns 2003:130).

Afortunadamente, muchos de los problemas suscitados por Cerro Narrío han sido ya resueltos con la excavación del sitio formativo de Pirincay, provincia del Azuay, llevada a cabo por la arqueóloga estadounidense Karen Bruhns (1987, 1988; también Bruhns *et al.* 1990). Pirincay es un promontorio ubicado en la orilla izquierda del río Paute, y contiene depósitos culturales intactos que se extienden cronológicamente desde 1500-1400 a. C. hasta el primer siglo de nuestra era, cuando fue abandonado. En Pirincay se han encontrado básicamente los mismos materiales que en Cerro Narrío, incluyendo la temprana cerámica tipo Challuabamba, cuya datación estaría por 1500-1400 a. C. (fecha además aplicable a materiales si-

*Olla ceremonial en
forma de fruto,
Cerro Narrío.
Colección Banco
Central, Quito.
Foto R. Jones*

milares encontrados por Bennet y Uhle en otros sitios de la región de Cuenca). Además Pirincay dio evidencia de la existencia de talleres de cristal de roca (Bruhns 1991), estructuras de casas, enterramientos y restos de flora y fauna. Con la ayuda de otros sitios excavados como Loma Pucará, Chimborazo (Arellano 1999), Putushio, Azuay (Tehren y Temme 1994) y La Vega, Loja (Guffroy 1987), se puede dar ya un panorama de la vida en la sierra meridional durante el Formativo tardío.

Ante todo, los sitios de ocupación eran pequeños, a lo más una hectárea de extensión, a veces ubicados en promontorios –como Cerro Narrío, Putushio, y Pirincay– que faciliten la visión del entorno. Las casas eran pequeñas (5 x 2 m), y de forma rectangular o elipsoidal, con paredes de bahareque y techos de paja, que alojaban a un grupo no mayor de una familia nuclear. La casa del sitio de La Vega es algo diferente, de 8 x 4 m de extensión, de forma semicircular y con techo que bajaba hasta un murete de 55 cm de altura. Las casas más antiguas de la región serían la de Pirincay de 1200 a. C. (Bruhns 2003:149) y la de La Vega de 1400-1300 a. C. (Guffroy 1987:173); en ambos casos se han registrado los cambios de estructura a través del tiempo. Alguna especialización es ya manifiesta en Pirincay por el trabajo de cristal de roca, en Putushio por la actividad metalúrgica, particularmente el procesamiento del oro (Tehren y Temme 1994), y en



Chiguilanchi (Loja) y Challuabamba por la presencia de una especie de recintos rituales o “altares”, con el piso cubierto de exvotos, cuentas, artefactos líticos y conchas *Spondylus* vacías o rellenas de mullos de colores (Uhle 1992b:208).

Hay evidencia de enterramientos en varios sitios. En Pirincay se enterraba a los muertos en cavidades *ad-hoc*, con los huesos a veces desmembrados y con ajuar funerario bastante pobre (una cuenta de cristal de roca y alguna olla). En Challuabamba, Gomis (en Bruhns 2003:154) encontró un par de enterramientos en un solo pozo, con los cuerpos flexionados, acompañados de un ajuar funerario pequeño. En cambio, los nueve entierros registrados en Cerro Narrío, mostraban los cuerpos sentados con las piernas flexionadas, en pozos de 1,5 m de profundidad, y sin ofrenda funeraria. Las tumbas fueron cubiertas con piedras, como lo fue otra hallada por Uhle (1922b: lam III) en la hacienda Uchucay.

La subsistencia todavía no ha podido ser bien dilucidada por falta de evidencias arqueológicas. Los restos de fauna son más conspicuos y parece que prevaleció un sistema de caza bastante similar al de los habitantes de la cueva de Chobshi (venado, sachacuy, etc.) aunque con ausencia notoria de las especies de las estribaciones orientales de los Andes, signo tal vez de la sedentarización generalizada de la región. En niveles tardíos, del 300 - 400 a. C., aparecen las llamas en Pirincay y Putushio. Los restos de flora son prácticamente inexistentes en todos los sitios mencionados, con excepción de fitolitos de maíz y poroto en Pirincay.

Aunque la descripción precedente parece sugerir un modo de vida desarrollado en aislamiento, hay evidencia de constantes lazos con la costa y aún con la selva tropical. Por cierto, la red de intercambio es de poca envergadura y está dominada por las conchas marinas, especialmente la *Spondylus*. Aún así, no hay huellas de procesamiento de conchas en los sitios de la región. Por otro lado, el análisis de las pastas de la cerámica sugiere intercambio de vasijas entre varios sitios (Bruhns 2003:162). Y la existencia de 50 talleres de cristal de roca en Pirincay, habla fehacientemente de un “mercado” a atender, así fuera sólo local.

Tacalzhapá y Cashaloma o los distintos estilos cerámicos

Como el sino de la arqueología de Cuenca y su región es el ser contada en pequeños episodios intercalados por largos períodos de silencio, digámoslo de una

vez que, luego de la ocupación de Cerro Narrío, no sabemos qué sucedió, hasta la llegada de los incas, aunque de hecho en la zona ha sido ubicada una serie de estilos cerámicos que merece algún comentario.

En ambas provincias de Azuay y Cañar aparecen materiales cerámicos con influencias aparentes de la región amazónica, particularmente de las estribaciones orientales de los Andes. Otros con influencias de la sierra central, particularmente Tuncahuán. Y otros, con influencias tanto de la costa ecuatoriana, como de la sierra norte del Perú. La ausencia de investigaciones sistemáticas, particularmente de excavaciones, y la falta casi total de cronología, no permiten una evaluación cabal de estas evidencias. De hecho, estos estilos aparecieron mezclados en el período tardío de Cerro Narrío sin que sus investigadores hayan podido hacer mayor cosa que no sea describirlos brevemente y aventurar alguna semejanza tipológica con estilos de las provincias aledañas. Hoy sabemos que se trata de manifestaciones cerámicas posteriores a la ocupación formativa, por ende, pertenecientes a los períodos de Desarrollo Regional (500 a. C.-500 d. C.) e Integración (500-1500 d. C.).

Contrastando con el relativamente escaso número de sitios formativos, esta vez tenemos, por un lado, una proliferación de asentamientos, y por otro, una diversificación notable de la alfarería, rasgos ambos que coinciden perfectamente con la naturaleza del período de Desarrollo Regional. Por cierto, se esperaría que en el período de Integración encontráramos algún estilo cerámico que cubra ampliamente la región, sugiriendo la existencia de una entidad sociopolítica de gran envergadura (i.e. un señorío), como corresponde a manifestaciones de este período en otras regiones del país. Nada de esto ocurre en la región azuayo-cañari.

Naturalmente, estamos utilizando aquí un razonamiento anticuado, pero muy corriente en la arqueología ecuatoriana: el de dar equivalencia total al estilo cerámico con la cultura arqueológica. Un conjunto de decoraciones y formas de vasijas definen un estilo arqueológico; éste a su vez define una cultura y ésta, a una sociedad con lengua, religión y tradiciones que le dan un sentimiento de etnicidad diferente del que proyectan otras sociedades similares. O sea que la reconstrucción procede solamente del análisis cerámico, omitiendo otros elementos de la evidencia arqueológica como los artefactos líticos, y óseos; los patrones de asentamiento

Páginas siguientes:

Fig. 1: Vaso silbato doble con figura de ave, cerámica Tacalshapa.

Fig 2: Quero con rostro humano usado como ofrenda funeraria de la cultura Cashaloma.

Colección Banco Central, Quito
Foto R. Jones

Vasija con poncho y
figuras humanas,
cerámica ceremonial
de Tacalzhapa
Colección Banco
Central, Quito
Foto R. Jones

to y manifestaciones ideológicas. Algo así como si, en unos 5 000 años, los arqueólogos nos agruparan en “pueblos” basándose sólo en las formas de nuestros objetos de plástico. Así, los ecuatorianos o los azuayos, que en cualquier caso constituiríamos una sociedad relativamente homogénea, acabaríamos separados en grupos, unos por usar contenedores de plástico estadounidenses; otros, contenedores chinos; y otros, los contenedores de plástico local marca *Pyca*.

Extrapolando esta consideración al pasado podríamos preguntarnos si los estilos cerámicos de las provincias de Azuay y Cañar pertenecen a grupos diferentes o a un solo grupo grande, con variaciones locales de su cerámica, pero con una ideología compartida. Asunto muy difícil de resolver aquí con la evidencia disponible y que se complicará aún más cuando se trate de la identidad arqueológica de los cañaris precolombinos, como se verá después.

De todas maneras, hay al menos dos estilos cerámicos de mayor ámbito espacial que los anteriormente nombrados: uno el Tacalzhapa, del período de Desarrollo Regional; y otro, el Cashaloma, del período de Integración. Vasijas de éstos fueron publicadas por primera vez, a comienzos del siglo XX, en la *Ethnographie Ancienne de l'Equateur* (Verneau y Rivet 1912), aunque sin ninguna filiación cultural ya que los investigadores franceses nunca publicaron el volumen anunciado de su estudio de la cerámica recolectada durante su estadía en el país. Posteriormente, Collier y

Murra (1982:103ss) publicaron en su informe el hallazgo de materiales cerámicos en sondeos realizados en el sitio de Cashaloma, Cañar, cuyo nombre sería adoptado para identificar este nuevo estilo cerámico del que dieron por primera vez una breve descripción. Fue Jijón y Caamaño (1952) quien, en su *Antropología Prehispánica del Ecuador*, además de reconocer “oficialmente” el estilo Cashaloma, añadió uno nuevo, el Tacalzhapa. El autor señala que este estilo no fue reconocido por Collier y Murra en su análisis de los materiales de Cerro Narrío, a pesar de que ya había sido definido anteriormente por Max Uhle (Jijón y Camaño 1952:322)³.

Olla con líneas
incisas e impresión
de canuto utilizada
como cerámica
ceremonial en el
estilo Cashaloma.

Colección Banco
Central, Quito
Foto R. Jones

La cerámica Tacalzhapa se caracteriza por vasijas de variada forma, como botellas, vasos, cántaros antropomorfos y bicónicos, ollas globulares y polípodas, computeras y cuencos. Su decoración es variable, destacándose la pintura negativa, la de blanco sobre rojo y la de líneas rojas sobre el color natural de la vasija.



Debemos a los arqueólogos Albert Meyers (1998) y Jaime Idrovo (2000:52ss) la definición contemporánea de este estilo cerámico, incluyendo la cronología y su secuencia cultural.

Por medio de análisis tipológicos y comparaciones extra-regionales, Meyers (1998) estableció al interior de este estilo (o “tradición” como él lo llama) una secuencia de cuatro subfases que se extienden cronológicamente entre 300 a. C. y 800 d. C. A lo largo del tiempo este trazo se vería afectado por influencias de la costa ecuatoriana (i.e. Chorrera), de las culturas del norte del Perú (i.e. Gallinazo y Puerto Moortin), Tuncahuán de la sierra norte de Ecuador y de las culturas Wari-Tiwanaku de los Andes centrales.

Idrovo (2000:59) ha criticado sumariamente el esquema de Meyers, por su cronología demasiado apegada a la de los peruanos que le sirven de patrón comparativo, y por la confusión de formas, tamaños y decoraciones, que el investigador alemán ha introducido en la evolución del estilo Tacalzhapa. En su lugar, Idrovo establece una secuencia de tres subfases, que cubren un período entre 500 a. C. y 1100-1200 d. C., aceptando básicamente las influencias sugeridas por Meyers, aunque minimizando el componente Wari-Tiwanaku. Idrovo no da razones para el alargamiento de su período Tacalzhapa con respecto al de Meyers, pero tiene a su favor un amplio conocimiento de la naturaleza y distribución geográfica de los estilos locales de la Sierra meridional del Ecuador. Sería interesante ver en qué medida los complejos Tacalzhapa encontrados por Almeida (1991, 1997) y Garzón Espinoza (2000), en sendos reconocimientos arqueológicos de Azuay y Cañar, refuerzan o modifican las síntesis producidas por Meyers e Idrovo.

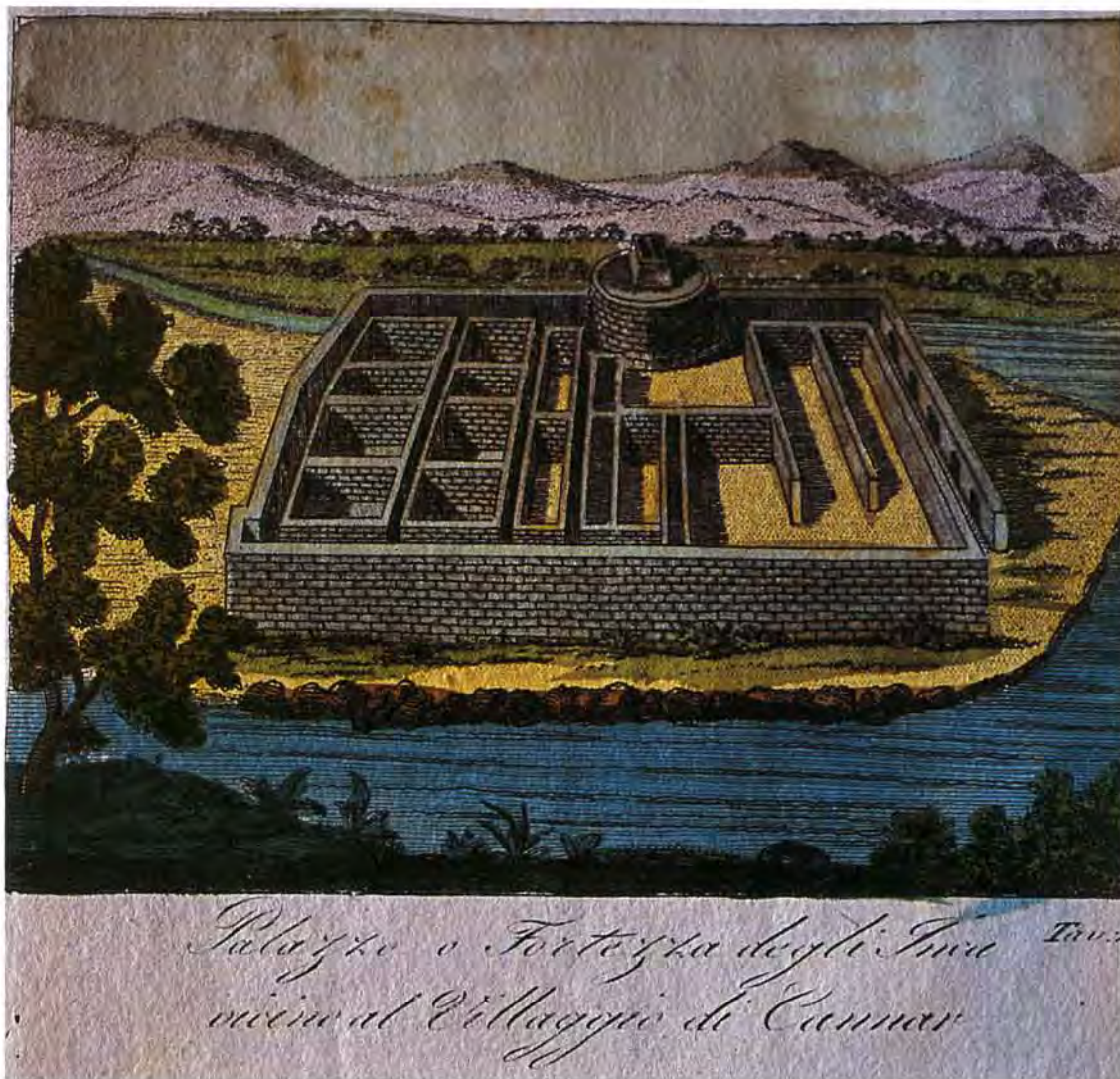
El estilo Cashaloma ha sido definido brevemente por Collier y Murra (1982:103) y Jijón y Caamaño(1952:375); pero las características tipológicas más definitorias provienen de los materiales encontrados en Ingapirca por Idrovo y Almeida (1977) y Fresco (1984:145ss). Comprende ollas globulares con hombros restringidos o alargados, vasos, compoteras con bases caladas, platos y cuencos, cántaros con tres asas, etc., generalmente con decoración blanca sobre rojo y círculos hechos con canuto.

Cashaloma básicamente se extiende desde la cuenca del río Cañar por la provincia homónima, particularmente hacia el noroccidente, donde aparece con in-

Jardín del Inca,
publicado en *Ricordi*
dell'Equatore, 1750.

Colección Matthias

L. Abram



fluencias de la cultura Milagro-Quevedo (Garzón Espinoza 2000:155). Contemporáneos de Cashaloma serían, en la provincia del Azuay, los de Guapondélig del área de Cuenca, Molle del área de Challuabamba y, en la provincia de Loja, el estilo Saraguro (Idrovo 2000:61), que no aparecen aún bien definidos.

En suma, este panorama todavía confuso de las formas cerámicas de la región muestra, al menos, que en el período de Integración había una gran diversificación de la alfarería, como no hay en otra región del país, donde un estilo se difunde eventualmente opacando a los locales. Y con la sorprendente abundancia de cerámica precolombina registrada por los especialistas de la región azuayo-cañari, no sería sorprendente que nuevos estilos locales sean definidos en el futuro.

En todo caso, al final de su evolución histórica, estos estilos aparecen a menudo mezclados con tiestos incas, o adoptando modalidades decorativas incas, como sucede con el estilo Cashaloma, que desaparece del registro arqueológico con

la modalidad híbrida, conocida como Cashaloma-incaico o Cañari-incaico. En los siglos XV y XVI, las invasiones inca y española determinan la obliteración “oficial” de los estilos locales y la difusión de las respectivas cerámicas imperiales. Ni arqueólogos ni historiadores vuelven a hablar de los estilos locales tan celosamente estudiados en casi un siglo de investigaciones. La pregunta es si en realidad se extinguieron tan abruptamente como parece –cuestión que se vuelve más relevante aún cuando tratamos de identificar a los pueblos fabricantes de esas alfarerías-, los llamados “cañaris históricos”.

En busca de los “cañaris históricos”

Con esta denominación nos referimos al pueblo que habitó las provincias de Azuay y Cañar, desde época aún no determinada, hasta la llegada de los españoles, cuando parece extinguirse, víctima de enfermedades, guerras y de una diáspora sin precedentes en la historia de nuestro país. La literatura sobre los “cañaris históricos” es abundante, con mucha información obtenida de crónicas y documentos históricos, pero también con muchos datos fantasiosos. En este contexto, la arqueología cañari ha permanecido demasiado tiempo anclada en la información histórica, sin generar información independiente que esclarezca el modo de vida de los cañaris precolombinos.

Por lo pronto, el principal problema es señalar en qué momento de la historia irrumpen los cañaris como una entidad sociopolítica que refleje la identidad étnica mas o menos conocida de los últimos “cañaris históricos”. Collier y Murra (1982: 116) no han tenido inconveniente en asignar a este grupo la ocupación de Cerro Narrío, señalando además que el período temprano de este sitio representaría “el equipo cultural” con el cual los cañaris se habrían mudado a esta región. ¿La razón de esta generosidad arqueológica? Que, fuera de los cañaris, no se ha reportado en la zona la presencia de ningún otro grupo étnico (Id., p. 116).

Sin embargo, hay que señalar que la existencia del grupo cañari en la región fue reportada en la mitad del siglo XVI, es decir 3 000 años después de que llegaran al lugar los ocupantes de Cerro Narrío. Demasiado tiempo para descartar la probabilidad de que otro grupo no-cañari haya cruzado la región. Al otro extremo del argumento, tenemos los cañaris de González Suárez (1965), que son bási-

camente los tardíos de la época de las conquistas inca y española, incluyendo los ocupantes de las tumbas de oro desecradas por los *huaqueros* en Sigsig y Chordeleg, cuya cronología es desconocida.

Sin ir a los extremos, talvez se pueda postular que los cañaris se perfilan como grupo étnico con el estilo Tacalzhapa o más aún, con el de Cashaloma, que tuvo contacto directo con la cultura Inca. Queda sin embargo un cabo suelto: los otros estilos locales del Azuay, de los cuales no se sabe casi nada. Por cierto, habrá también que dar la razón de por qué uno u otro constituyen la raigambre cañari. Asunto difícil que bien podría comenzar por investigaciones arqueológicas de asentamientos cañaris muy tardíos (i.e. interregno entre invasiones o posterior), donde, sin duda, pudieran encontrarse aún vestigios de la cultura original. Una investigación arqueológica complementada por la información histórica que se conserva de este grupo, pudiera proporcionar una especie de “núcleo cultural” cuyas características debieran ser rastreadas en sitios arqueológicos más tempranos, hasta ubicar a los primeros cañaris “hechos y derechos”.

Es conocido que el territorio de los cañaris abarcaba no solo la sierra sino también las estribaciones externas de las cordilleras y aún las llanuras de las tierras bajas. En el occidente, Cordero Palacios (1981:72) señala que el territorio cañari no tenía límites fijos y parecía mas bien extenderse “hasta las costas del Pacífico”. Verneau y Rivet (1912:29), un poco más cautos, indican que solo en ciertos puntos, el territorio llegaba hasta la costa. Al otro lado de la cordillera oriental, la situación era similar. Taylor (1994:37) señala que grupos cañaris ocupaban el valle del Upano y el curso inferior del Zamora. No deja de ser interesante, por reflejar tal vez la ocupación precolombina del espacio, que las provincias de Azuay y Cañar mantengan aún en sus jurisdicciones administrativas zonas costeras (llamadas localmente los “calientes” de estas provincias), y que la provincia del Azuay haya mantenido hasta comienzos del siglo XX una parte de la provincia amazónica de Morona Santiago (llamada en la época el “Oriente Azuayo”).

En suma, una región amplísima y diversa como para favorecer la proliferación de objetos cerámicos y sistemas de gobierno no conocidos por la historia oficial de los cañaris. La visión clásica presenta a este pueblo constituyendo un señorío, o dos, con sendos asentamientos a manera de “capitales”, uno al norte, con

Página opuesta:
Cerámica Narrió.
Colección Banco
Central, Cuenca

Vista general del
tambo de
Culebrillas.
Foto E. Salazar

Hatun-Cañar como capital; y otro al sur, con Cañaribamba. Sin embargo, los varios estilos cerámicos encontrados dan la visión arqueológica de varias *llacta-cuna* probablemente sometidas a un poder central, cuya ideología de cohesión social es aún desconocida. Si se acude al argumento cerámico (Idrovo 2000:59), se podría postular entonces las *llacta-cuna* de Cashaloma, Molle, Guapondélig y Saraguro, aunque habría que ver si la última es de raigambre cañari. Y es de asumir también que en el sector de Cañaribamba habría otras más, aún no descubiertas. Por cierto, si la arqueología cañari pretende dilucidar niveles más abstractos de organización social tendrá que ir más allá de los reconocimientos arqueológicos y de la obtención de muestras cerámicas. Por lo pronto, la historia nos da indicios de la jerarquía cañari de Paccha y San Bartolomé, en 1572. Paccha tenía cuatro *ayllus* y San Bartolomé, tres, cada uno con su cacique, y “*la cabeza que gobierna así a los indios del pueblo de Paccha, como los deste de San Bartolomé, se dice Don Luis Xuca*” (Ángeles 1965, 2:270-271). Si a esto añadimos que, al menos en Pac-



cha, también hay “parcialidades”, contaríamos con otro nivel, el ínfimo, de la pirámide de poder cañari.

El núcleo cultural del que participarían todas las *llacta-cuna* que pretendían ser cañaris, probablemente tenía una comunidad de mitos de origen que unía ritualmente a los pueblos. Dice un mito cañari que, en el diluvio universal, dos hermanos, pa-

ra escapar de las aguas, se refugiaron en lo alto de un cerro llamado Huacayñan. De ahí, pues, la veneración especial que tributaban los “cañaris históricos” a los cerros altos. Algunos historiadores han tratado de identificar al cerro Salvador, sin llegar a acuerdo unánime. Basándose en la *Instrucción* de Cristóbal de Albornoz, González Suárez (1969,1:807) opina que bien pudo haber sido uno de los cerros

del Nudo del Azuay o del macizo del Cajas, aunque termina abogando por un tercero que se alza solo en las cercanías de Azogues, al cual le identifica con el nombre de Abuga (muy probable que se trate del cerro Cojitambo). En cambio, Julio Matovelle (1921:71) y Guillermo Segarra (2003:26) opinan que se trata del Fasayñan, “hermoso, alto y encumbrado”, que se alza al oriente de Sigsig, cerca de la cordillera de Matanga. Difícil decisión, por cierto, aunque no demasiado importante, si se considera que los antiguos señoríos cañaris acabaron probablemente escogiendo como cerro ancestral a uno de su comarca.

El otro mito de origen tiene que ver con una culebra, progenitora de los cañaris, que se hundió en una laguna. ¿En qué laguna exactamente se ahogó la culebra? González Suárez (1969,1:805) propuso las de Culebrillas, Leoquina (actual Busa), y Ayllón, justo al oriente de Sigsig, de la cual se conoce que recibía periódicamente ofrendas de oro por parte de los cañaris. Se sabe inclusive que la riqueza de esta laguna originó en la Colonia varios proyectos para desaguarla y extraer sus tesoros (Rodicio García y Riesco Terrero 1998).

Matovelle (1921:56) añade otra más, la de Jacarín, cerca de Deleg. De mi parte, podría contribuir con las lagunitas de Narig, Quingor, La Cruz, y Chobshi en las inmediaciones de Sigsig, hoy casi totalmente desecadas, en las que solo el crecimiento de la totora evoca su origen lacustre. Y otras lagunas más podrían citarse en la región, porque, a fin de cuentas, los cañaris de las diferentes comarcas habrían adoptado su propia laguna de origen o pacarina, o habrían acabado venerando simplemente a todas las lagunas⁴.

El dilucidamiento de la sacralidad de los montes y lagunas del mundo cañari requiere un test arqueológico elemental, que aún no se ha realizado: explorar y

*Meandros
“arreglados” del río
Culebrillas, que
confirmarían la
leyenda de la
culebra que se
internó en la laguna
del mismo nombre.
Foto: E. Salazar*



acaso excavar sus alrededores en busca de evidencias. Algunos indicios pueden ser apreciados a simple vista, como en Culebrillas. Cuando visito la laguna no puedo sustraerme a la idea de que el cauce del río homónimo está “arreglado”, por así decirlo. El pequeño río baja del nudo del Azuay y, al cruzar la planicie del valle glaciar, pierde fuerza y forma meandros hasta desembocar en la laguna. Lo curioso es que, cerca de la misma, los meandros tienen ángulos rectos que contrastan con aquellos semicirculares de una formación natural. De no mediar, al interior del suelo, una formación rocosa que obligue al río a formar meandros rectos (poco probable, considerando que se trata de una planicie nivelada por glaciares), habría que admitir que se trata de un arreglo efectuado por humanos. Y si tal es el caso, no tendría inconveniente en considerar los meandros rectos del río Culebrillas como la expresión espacial de la gran culebra cañari que se hunde en la laguna⁵.

De *huaqueros* y tumbas quintaleras

Parecería que los sitios del territorio cañari son tremendamente monótonos, librando a “quintales” su tesoro cerámico. Pero no siempre ha sido así, porque en otros tiempos libraron también una elaboradísima metalurgia que sí fue pesada en quintales por *huaqueros* inescrupulosos. Toda una historia de ambición y dolo se encuentra escondida en los archivos, sobre todo en los expedientes judiciales. En la Colonia, la excavación de sitios precolombinos no tenía restricción alguna; más aún, a la corona española le interesaba esta actividad para cobrar el llamado “quinto real” del total de los tesoros recuperados. Como a la mayoría de los *huaqueros* les interesaba más el oro que pagar sus impuestos, no es extraño que los archivos abriguen innumerables demandas en las que, con testigos, se documentaba el contenido de las tumbas saqueadas. En la República temprana, la situación no cambió mucho, con tal que el *huaquero* dé limosna a un santo o iglesia y pague su impuesto para el Colegio Nacional.

El *huaquero* más famoso de la Colonia fue Juan de Salazar Villasante. Famoso por su “buen ojo” y por tratar mal y engañar a sus compañeros de fortuna. Salomon (1987) nos da noticia de una expedición de Salazar Villasante a Hatun Cañar en 1563. Invitado por otro aficionado, el padre Juan de Valladares, a unirse en el saqueo de una tumba que contenía “más de un millón en oro y esmeraldas”,

Salazar de Villasante hizo el viaje desde Quito, acompañado de sus compinches, pero no encontró “las huacas y la tumba de Huayna Capac” que le habían prometido. Con el viaje hecho, se vio forzado a explorar la campiña y excavar en un pequeño cementerio donde todos le dijeron que no había nada. Y así fue como aterrizó en una rica tumba cañari, de donde obtuvo barretillas y hachas de cobre, botones, chaquiras, diademas, hachuelas, orejeras, pectorales, penachos, zarcillos, etc, todos de oro (Salomon 1987:220ss). Los documentos no mencionan siquiera las vasijas que, sin duda, completaban el ajuar funerario.

El lector probablemente ya adivinó por qué ha quedado registrada esta historia: Salazar Villasante quiso evadir el quinto real y fue enjuiciado por la Corona. El acusado pataleó, escondió evidencia, pegó a sus acusadores, pero al fin se salió con la suya, porque, al decir de todos, quedó en actas solo una parte de lo que realmente obtuvo de esta y otras tumbas aledañas.

Hay en los archivos muchas más historias semejantes, pero el territorio cañari presenció un espectáculo acaso más alucinante, en la segunda mitad del siglo XIX, cuando una serie de tumbas fueron encontradas en los mismos centros poblados de Sigsig y Chordeleg (Saville 1924; Uhle 1922a, Saville y Segarra 2000).

Y es que en 1899, al excavar una acequia, un indio encontró una varita de chonta recubierta con láminas de oro. Al rato, “hecha la novedad”, un grupo de gente se unió a la excavación que terminó con el hallazgo de una tumba con dos esqueletos y numerosos objetos de oro, entre ellos un rondador. La noticia tuvo ámbito nacional y en Sigsig el entusiasmo rayaba en la locura, a decir de un periódico de Guayaquil. No pasó mucho tiempo hasta que la ciudad recibiera una verdadera avalancha de forasteros en busca de fortuna. Nada extraño si se considera que los buscadores de tesoros andaban hurgando en la zona, desde que, 50 años atrás, se habían descubierto las primeras tumbas en la cercana Chordeleg.

La cantidad de oro que se recuperaba de estas excavaciones era simplemente impresionante. Algunas tumbas llegaron a dar más de un quintal de oro en artefactos precolombinos. Los repartos se hacían en “lotes” que, a veces, incluían pedazos de piezas más grandes, rotas sumariamente para asegurar una distribución equitativa. Todo era fundido para facilitar su comercialización. En tales circunstancias es de suponer que muy poco logró escabullirse fuera de la zona, gene-

ralmente hacia Guayaquil, de donde salían los objetos al exterior. Eugenio Thirion, vicecónsul de Venezuela en París, adquirió un pequeño tesoro que, según sus proveedores del puerto, había sido encontrado cerca de Cuenca (probablemente Chordeleg). Y en 1870, los intelectuales parisinos se enteraban de este hallazgo por la publicación de un artículo titulado “Le Trésor de Cuenca” (Heuzey 1870) en la Gaceta de Bellas Artes.

Naturalmente, en el siglo XIX, no había aún arqueólogos en Ecuador. Y cuando los hubo, éstos llegaron demasiado tarde. González Suárez visitó Chordeleg y Sigsig por la década de 1870; Paul Rivet en la década de 1900 y Max Uhle



en la década de 1920. Saville ni siquiera visitó Sigsig ya que se limitó a comprar su tesoro a un proveedor de Guayaquil. Y esto lo señalo porque ningún arqueólogo presenció o intervino en las excavaciones de Chordeleg o Sigsig, donde aparentemente existían importantes necrópolis precolombinas. Por ende, fuera del oro, nada se salvó: ni los artefactos de made-

ra y pluma ni los de cerámica ni los esqueletos mismos. Desesperado, González Suárez (1969,1:410) escribía:

“Cuando en Chordeleg, [los huaqueros] amontonaban los objetos arqueológicos, sacados de las tumbas violadas de los cañaris, y los apedreaban hasta reducirlos a polvo, ¿sospechaban siquiera lo que hacían? Ese crimen de lesa historia dejará sin duda sepultados en tinieblas el origen y el pasado de una de las naciones indígenas más célebres en el Ecuador”.

En consecuencia, la reconstrucción arqueológica posterior a los hechos tuvo que hacerse, en gran medida, a partir de testimonios de *huaqueros* urgidos por los arqueólogos a recordar sus hallazgos de diez, veinte o más años atrás. Según Ver-

neau y Rivet (1912:123), una de las tumbas habría contenido un esqueleto cubierto de placas de oro y plata adheridas a una especie de capa que cubría el cuerpo. Los brazos llevaban brazaletes de oro y la cabeza, una corona del mismo metal. Alrededor, un haz de bastones de chonta cubiertos de láminas de oro y “un verdadero tesoro” de agujas, hachas, rondadores, figurinas de oro, y una pluma con tallo de oro y barbas de plata.

Por otro lado, la famosa representación de un ser mítico con culebras, que González Suárez (1969,1:138ss) ha interpretado como un calendario lunar, fue originalmente una lámina cuadrada de oro con la iconografía en relieve, encontrada en una tumba en Patecte, cerca de Chordeleg. Cuando el sabio ecuatoriano visitó Chordeleg, la pieza había sido ya fundida. Todo lo que quedaba era una copia del diseño en un cuadro al óleo, que también ha desaparecido, sin que sepamos hasta qué punto la pintura era fiel copia del original de metal. Cómo no quisiéramos ahora tener los objetos reales para establecer las comparaciones respectivas, con el fin de dilucidar la cultura a la que pertenece el “sol de oro” del Ban-

Página opuesta: Paul Rivet en Chordeleg, en 1912, durante sus investigaciones. Colección G. Landívar

Bajo estas líneas, el sol de oro, cuya procedencia todavía es polémica pues ha sido signado por los habitantes de Sigsig como cañari, mientras otros investigadores aseguran que se trata de una pieza de la cultura Tolita, proveniente de la costa ecuatoriana. Colección Banco Central, Guayaquil Foto R. Jones



co Central, reclamado por los sigseños como cañari, por haber sido encontrado en la localidad de Chunucari, cercana a Sigsig.

Este objeto, que sirve de logotipo al Banco Central, era parte de la colección de Max Konanz, y fue adquirida por el museo de esta institución en 1960. Hay documentos escritos y fotográficos de la época de Konanz en que el sol figura como artefacto sigseño. Más aún, fue reportado públicamente como procedente de Chunucari, cuando apareció por primera vez en la portada del Boletín de Informaciones Científicas Nacionales, 1953. Pero por razones que aún se desconocen, el museo ingresó esta pieza como procedente de La Tolita. Además de reclamos intermitentes de antiguos propietarios y personas prestantes de Sigsig y Cuenca, el asunto no tardó en pasar al debate arqueológico (Bruhns 1999, Di Capua 2002), generando una saludable controversia, de esas que hacen falta en la arqueología ecuatoriana.

El análisis de Bruhns es exhaustivo, incluyendo comparaciones con las perdidas joyas de las tumbas de Sigsig y Chordeleg, así como con la metalurgia costeña del Ecuador y la del norte del Perú. Su opinión es de que el sol de oro tiene iconografía relacionada con Huari y Tiwanaku, lo que encajaría con la influencia peruana que Meyers (1998:185) ve en la cerámica Tacalzhapa del territorio cañari. Di Capua asume un enfoque similar, pero de menor ámbito, concluyendo que el objeto en cuestión tiene influencias estilísticas de la metalurgia de la costa ecuatoriana. Un análisis metalográfico realizado recientemente, indicaría, según Di Capua (2002:296), que el oro del sol proviene de lavaderos de la costa ecuatoriana, y que luego fue trabajado en la Tolita. Extraño resultado, porque un análisis metalográfico puede dar la composición del oro y aún su procedencia natural, pero no donde ha sido manufacturado un objeto. Por cierto, no hay problema alguno con la procedencia del oro, que bien pudo haber sido utilizado por un orfebre cañari para fabricar su sol. Lo mismo que un sastre de Pelileo puede trabajar un pantalón vaquero con tela estadounidense.

Lo que queda de la metalurgia de las tumbas saqueadas es insignificante. Sabemos que el tesoro de Saville (que no es muy grande) se encuentra en el Museo del Indio Americano, Fundación Heye (USA). Y en cuanto al “tesoro de Cuenca” de Thirion, este fue descrito y dibujado por L. Heuzey (1870) “antes

de que se disperse al azar en las subastas públicas”. Hoy, nadie sabe donde se encuentra, y nosotros nos hemos quedado solamente con los dibujos. En realidad, el saqueo fue tan grande que ya no sabemos si aún quedan sitios con metalurgia. La lista de otros sitios saqueados según Max Uhle (1922a) es abrumadora: los cerros de Tari, cerca de San Juan, el Cojitambo; los cerros de Chordeg: Chaurinji, Llaver, Musmus, Cazhalao, Plan de Nieves; Ucur y Zhio; la colina de San Antonio; los cerros Zhiñang, Ganzhun; Patecte; Huallil; Cumbe, el cerro Calvario; Raranga (entre Jima y Cumbe); Curiloma (Quingeo); Guizhil, el Cebollar, Bazhun, Patamarca, Guapán, etc. En suma, toda la metalurgia cañari irremisiblemente perdida.

Vista de las ruinas de Chobsbi, Sigsig.
Foto E. Salazar

Las ruinas precolombinas y los caminos del Inca

Las estructuras de habitación cañaris son muy pocas y sus ruinas se encuentran solamente en los alrededores de Sigsig. A pesar de los numerosos reconocimientos realizados hasta a fecha, los arqueólogos no han hallado otros sitios monumentales en el resto de las provincias de Azuay y Cañar.

Desde Sigsig, el cruce del río Santa Bárbara, se hacía antiguamente por un hermoso puente de madera con techo de paja, hoy apenas utilizado por viandantes de



la otra orilla. Muy cerca del puente, se inicia el tramo corto (un kilómetro aproximadamente) de un camino antiguo. Tiene de dos a tres metros de ancho, está empedrado, y en algún trecho, construido al fondo de un desbanque de dos a tres m de altura. El camino se detiene abruptamente en Narig, borrado por la construcción de una carretera; y vuelve a aparecer en dirección a San Bartolomé, constituyendo, al parecer, parte de la vieja vía a Cuenca. Difícil saber si este camino es cañari, inca o colonial, por las alteraciones que ha sufrido (i.e. repavimentación), pero una



investigación sistemática puede dar alguna determinación decisiva para su identificación. Metodológicamente, la naturaleza y cronología de un camino pueden ser dilucidadas por las estructuras que se encuentran a su vera y por los puntos que éste une.

No hay que olvidar que por aquí pasa también la vía antigua a Jima y Gualaquiza, de indudable origen precolombino, ya que el valle del río Cuyes era la salida natural de la sierra a la amazonía. Durante la Colonia, varias expediciones utiliza-

ron esta vía en busca de la famosa Logroño de los Caballeros, reducida a escombros en 1600 por la sublevación de los *jíbaros*. Por cierto, el “noble” empeño de buscar una ciudad perdida, escondía otro objetivo más imperioso: la explotación de los placeres auríferos del río Cuyes, conocidos desde tiempos precolombinos.

Al norte de Narig se alza un promontorio rocoso que abriga algunas sorpresas. En primer lugar, las ruinas de Shabalula, que están literalmente “en ruinas”, porque cada año hay una piedra o porción de muro que se derrumba, sin que nadie se preocupe de restaurar este importante monumento.

Shabalula es un recinto habitacional de forma redondeada, con un muro exterior semicircular que circunscribe una franja de terreno alrededor de la habita-

ción. Muros gruesos de doble hilera, con entrada provista de escalones, que ahora ya no se ven. Fray Domingo de los Ángeles (1965,2:270), en su descripción de los pueblos de Paccha y San Bartolomé (1582), señala que las formas de las casas de los cañaris son redondas y largas, y que las de los caciques tienen a la entrada un patio para concentrar a los indios. El arqueólogo Francisco Valdez (1984), que excavó en este sitio, encontró cerámica tipo Narrío y Tacalzhapa, y propuso como función de la estructura, la de vigilancia u observación, a lo que ciertamente ayudaría la ubicación del monumento en el promontorio.

Y para complicar el asunto, existen varios caminos antiguos que cruzan el promontorio, y que, por estar cubiertos por los cimientos de nuevas casas o desprovistos de la piedra original, no se sabe dónde terminan. Lo único claro que queda es la probable existencia de un gran asentamiento precolombino en este promontorio, del cual solo resta acaso la estructura habitacional de Shabalula. Vale recordar que en este sector se encuentran las cuatro lagunitas de las que hemos hablado anteriormente.

Un kilómetro más al norte se hallan las ruinas de Chobshi: un edificio rectangular de ángulos redondeados, de 100 m de largo y 23 m de ancho, con un cuarto adicional adosado. En el interior, todo vacío, excepto un muro bajo que divide el recinto grande en dos. Se trata de una construcción similar a la de Shabalula y bastante bien conservada porque sus muros, de casi tres metros de altura, se mantienen aún en alto. Tiene alteraciones, como una entrada original que ha sido tapada con muro, y un “empañetado” de barro y paja en las paredes interiores, aunque bastante destruido. Hay una historia interesante que cuenta Montesinos (1882:138) sobre un señor cañari llamado Duma que, aliado con los señores de Macas, Quizna y Pumallacta, resistió tenazmente el avance del Inca. Preocupado el soberano, se puso a construir un fuerte, mientras esperaba refuerzos. Los cañaris se inquietaron ante la posibilidad de una acometida más fuerte de su enemigo, y optaron más bien por presentarse ante el Inca ofreciéndole sumisión. Al rato, vino nada menos que Duma y su tropa a “postrarse ante el Inca, reconociéndole por hijo del sol” y a entregar a sus hijos como rehén:

“En breves días fabricó un palacio para aposentar al rey, y cerca de un río hicieron otras muchas casas y otras de recogimiento para los del ejército, porque

*Página opuesta:
Vista de las ruinas
de Shabalula,
Narig, Sigsig.
Foto E. Salazar*

los soldados se alojaban en unos galpones grandes; todo lo cual estaba ya hecho cuando el Inca entró a ver estas provincias de los Cañares, donde fue recibido con grandes fiestas”.

Este pasaje parece evocar el entorno físico del actual monumento de Chobshi, donde al menos ya se encuentra el “galpón”. El resto de casas bien podría estar en las hondonadas que existen junto al río entre los riscos del sector. Sin embargo, Montesinos (1882:140) reporta que el Inca estuvo un año en la zona, lo que en términos arqueológicos implicaría presencia de cultura material inca. Sin embargo, las excavaciones de Valdez (1984) en Chobshi no encontraron huellas del Inca ni de su ejército, sólo restos cerámicos de las culturas Cerro Nariño y Tacalzhapa, que por cierto son los más comunes en esta zona. Estrictamente hablando, el Inca no utilizó el edificio de Chobshi. Queda la probabilidad de que el Inca haya llegado entonces a alguno de los edificios que existían a lo largo del camino hacia Loja. Bedoya (1978:40), por ejemplo, sugiere que pudo ser el sitio de Dumapara, ubicado en Cochapata, Nabón, que al parecer era bastante grande y tiene topónimo sugestivo. Sin embargo, por información de terceros, Matovelle (1921:98) señala que Dumapara tenía perímetro de ciudad grande, “*con fortalezas, anfiteatros y varios edificios de planta colosal, divididos entre sí por calles y plazas*”. O sea, demasiada arquitectura y planificación urbana como para corresponder a las construcciones apresuradas que habría realizado el cacique Duma para recibir a su nuevo Señor.

Y si se trata de buscar solo un galpón, quedaría otra alternativa descrita brevemente por González Suárez (1969,1:712). Se trata del edificio de Chunazana, no muy distante de Nabón, que curiosamente tenía una estructura similar a la de Chobshi, con la diferencia de que el aposento pequeño se encontraba, no fuera del galpón como en Chobshi, sino al interior del mismo. Lamentablemente, el historiador no nos informa si había casas adicionales en torno a este complejo, para completar el panorama descrito por Montesinos.

Temas como éste pueden volverse interminables, sobre todo cuando los documentos son incompletos o escritos por personas aficionadas que a menudo no han visitado siquiera los lugares motivo de la discusión. Y, en este punto, no deja de ser interesante para una historia de la arqueología local, un hecho que revela el

descubrimiento tardío de las ruinas de Chobshi y Shabalula. Los expertos clásicos en cultura cañari (González Suárez, Julio Matovelle, Jesús Arriaga, Carlos Aguilar Vázquez, Octavio Cordero Palacios, por citar los principales) no conocían la existencia de los monumentos sigseños. Max Uhle es el primer arqueólogo que, en 1923, menciona Chobshi como monumento cañari, señalando de paso, por argumento negativo, las características de una construcción cañari:

“Los Incas no observaron en sus construcciones las direcciones naturales del cielo. Los cuartos individuales muestran las proporciones de 1 a 1 y medio, o 1 por 2. Sólo en cuarteles, las proporciones suelen ser más grandes, alcanzando muchas veces las de 1 por 5, o 1 por 6. Por otra parte, observaban muy bien, aunque no siempre practicaban, los ángulos rectos. Las murallas y paredes son perfectamente alineadas, cualquiera que fuera su largo; los ángulos siempre perfectos, sean ellos, como en la gran mayoría de los cuartos construidos por ellos, exactamente rectos, o sólo oblicuos por una disposición trapezoide intencional de todo el cuarto; pero aún en este caso, las paredes opuestas suelen ser siempre absolutamente paralelas. Muy diferentes son en todo caso las construcciones indígenas cañaris, como las de Chunazana, Copzhi cerca de Sigsig y otras” (Uhle 1923b:6).

Incidentalmente, se conoce que Uhle (1923b) había visitado el sitio de Dumapara, en donde levantó el plano de una casa inca. Con una invitación a leer el pasaje de Montesinos sobre el señor Duma, la leyenda del plano dice lo siguiente: *“Las ruinas de Dumapara, entre Cochapata y Nabón, consisten en su mayor par-*

*Templo de
Viracocha, plano
realizado por
Max Uhle.
Foto Alfonso Ortiz*



te de un número de galpones grandes de origen cañari, diseminados irregularmente en una pampa bastante extensa. Al lado de esas construcciones, en su punto más septentrional, y en el mismo camino de Cuenca a Quito, se implantó la casa incaica reproducida en el plano". A diferencia de Matovelle, que no había visitado el lugar, Uhle pudo reconocer en Dumapara el lugar más apropiado para la empresa de nuestro cacique cañari.

Los monumentos de Sigsig y el de Chunazara serían los únicos lugares arqueológicos atribuidos a los cañaris. Sabemos ahora que los de Sigsig están asociados con cerámica Tacalzhapa, que en la cronología de Idrovo (2000:57) termina en 1100-1200 d. C., y en la de Meyers (1998:172) en 800 d. C., o sea demasiado temprano para el afán constructivo de Duma. Quedan dos alternativas: hubo error de muestreo en las excavaciones de Chobshi o la fase Tacalzhapa está mal ubicada cronológicamente. Me inclino por la segunda, considerando que ninguna de las cronologías propuestas tiene sustento de datación radiocarbónica.

El cerro Llaver, al noreste de Chordeleg, es un sitio precolombino que difiere claramente de los sitios monumentales de Sigsig. Se trata de un cerro aterrizado, con el perímetro de las terrazas parcialmente reforzado con muros de piedra laja, a diferencia de los de Chobshi y Shabalula que son construidos con guijarro redondeado natural. Llaver se encuentra bastante destruido y es difícil aventurar su función. Sin embargo, Idrovo (2000:66) señala que Llaver (o Yaber, como él lo escribe) fue la capital del señorío del valle Paute-Gualaceo, aunque no da ninguna explicación para ello. Si hay facilidad para establecer capitales, mucho más idónea sería la zona de Narig, donde al menos hay caminos, lagunas y edificios monumentales, asociados en una extensión relativamente pequeña. González Suárez (1969,1:400), en cambio, se aventura una vez más a proponer el cerro Llaver, como el lugar donde se salvaron los progenitores de los cañaris con ocasión del diluvio. En todo caso, Llaver evoca los cerros aterrizados de la zona de Saraguro y del valle del río Cuyes, donde se los conoce como "churos" o adoratorios.

El río Cuyes nace en los páramos de Matanga, en la cordillera oriental, y se abre hacia el este hasta desembocar en el río Zamora. El valle homónimo fue poblado en la Colonia por gente de Jima y Sigsig que acudía al río para la explotación de los placeres auríferos. En su descripción de San Bartolomé (1582), Fray

Domingo de los Ángeles (1965,2:271), señala que el pueblo tiene 190 indios tributarios, de los cuales 80 eran naturales del pueblo, y unos pocos más traídos de otras partes.

“Los noventa [restantes] son traídos de la montaña, once leguas del dicho pueblo de San Bartolomé. Estaban en la otra banda de la cordillera general del Pirú y se llaman Cuyes, a causa de que en su tierra hay muchos cuyes. Los demás son traídos de Bolo, que estaban poblados junto al dicho río de Bolo, cuatro leguas del pueblo de San Bartolomé. Su cacique principal de los Cuyes y Bolos es Don Andrés Ataribana”.

Si un grupo de Cuyes residía de manera permanente en San Bartolomé, y pagaba además tributos, es probable que no se trate de *jíbaros* sino de cañaris, que a lo mejor desde tiempos precolombinos ocupaban las estribaciones orientales de los Andes. De hecho, el viejo camino de Sigsig a Jima y Cuyes, que aún existe, pudo haber sido construido parcialmente sobre alguna ruta precolombina. En su recorrido desde Jima a Gualaquiza, Ekstrom (1975:30ss) pudo constatar la existencia de numerosos sitios monumentales en ambas orillas del río Cuyes. En las zonas de Ganazhuma, La Florida y Nueva Tarqui hay terrazas, estructuras habitacionales, muros defensivos y zanjas, sin contar con los numerosos “churos” que coronan las alturas.

Sitios importantes en la zona son Trincheras (Ganazhuma) y la “ciudad perdida” (a media distancia entre Nueva Tarqui y Amazonas), este último famoso por haber sido identificado con Logroño de los Caballeros en la expedición de Alfonso José Prieto en 1816. Logroño fue fundada en 1574 por el capitán Bernardo de Loyola y destruida en 1600 en el alzamiento de los *jíbaros*, descrito en detalle por Juan de Velasco (1979:290). En una visita realizada por el autor en 1994 (Salazar 2000:21ss), se pudo constatar que el sitio difícilmente puede ser considerado como una ciudad de traza española; más aún, coincide con la descripción general que hace Ekstrom de los sitios precolombinos del río.

La cultura material encontrada en el valle del Cuyes (básicamente cerámica) no ha sido identificada en cuanto a fase cultural alguna. Ekstrom (1975:31) se limita a señalar su semejanza tipológica con restos cerámicos encontrados en la zona de Jima, señalando además el hallazgo en Ganazhuma de un aríbalo de “basto

diseño inca” (¿inca-cañari?), y en San Miguel de una botella con asa de estribo, en una tumba cubierta con losas de piedra.

Otras estructuras de carácter similar se encuentran en el valle del río Cuchipamba, justo al norte del Cuyes. Los vestigios precolombinos de este valle no han sido aún reconocidos por arqueólogos profesionales, pero hay varias descripciones en relatos misioneros y en algún documento de archivo (Cf. Salazar 2000:24ss).

De lo dicho se desprende que una extensa región que cubre, por el momento, las estribaciones orientales de la provincia del Azuay y algunas zonas serranas desde Cerro Llaver (Chordeleg) hasta la zona de Saraguro-San Lucas, estaba ocupada antiguamente por un pueblo (¿“cañari de montaña” acaso?) que edificaba construcciones de piedra, entre las que se destacan estructuras defensivas y cerros aterrazados o “churos”, que todavía aguardan una investigación arqueológica sistemática.

Los incas en el país cañari

Túpac Yupanqui inició la conquista de Quito muy joven, cuando aún era coregente del imperio con su padre Pachacutic (1438-1471, según la cronología tentativa de Espinosa Soriano 1987). En esta época se habría registrado la invasión a la sierra sur del actual Ecuador, básicamente el territorio palta y cañari, la expedición a los chonos y huancavilcas de la costa, y acaso la hipotética jornada a las islas de Ahua-Chumbi y Nina-Chumbi, identificadas por algunos historiadores como las Islas Galápagos.

Tradicionalmente, la conquista inca del territorio cañari ha sido vista como una operación militar relativamente corta y de escasa resistencia. Sin embargo, Idrovo (1998) ha mostrado la situación volátil dejada por Tupac-Yupanqui, a su muerte, y la reacción rápida y dura de Huayna-Capac para reconquistar y consolidar la región bajo la égida inca, proceso que en total habría requerido un esfuerzo de 20 a 30 años. Al final, el sometimiento es total, pero con una población considerablemente disminuida por la diáspora de los cañaris que, en pueblos enteros, son desplazados a Perú y Bolivia, en calidad de mitimáes, mientras los más rebeldes huyen a Quito a unirse a las fuerzas locales del norte del país.

Vista de los muros del palacio de los incas en la ciudad del Cañar, Grabado, Ville de Cuenca au Perou.

Colección Matthias L. Abram

Páginas siguientes: Ingapirca vista por Humboldt.

Colección E. Salazar

Entretanto, el paisaje cañari, de parcialidades indígenas dispersas, va cambiando paulatinamente con el surgimiento de imponentes edificios incas de piedra labrada, mudos testigos de una dominación irreversible. El esfuerzo constructivo es obra de Tupac Yupanqui y Huayna Capac que consolidan así el dominio inca en el sur del país, antes de la invasión de Quito. Los documentos históricos no dan crédito a Atahualpa por ninguna construcción, en los pocos y agitados años que le quedaron, a la muerte de su padre (su crédito es mas bien negativo, porque ordenó la destrucción de Tomebamba). Complejos habitacionales, como Dumapara y Chobshi, parecen haber sido simplemente construidos por los cañaris, bajo orden inca. Otros, como Ingapirca y Tomebamba, habrían sido construidos por arquitectos incas, sobre asentamientos cañaris (Hatun Cañar y Guapondélig, respectivamente), aunque se desconoce si tal acción fue un acto de guerra que implicó el desalojo de los residentes cañaris o la ocupación de un asentamiento cañari abandonado.

Se conoce poco del diseño arquitectónico original del complejo de Dumapara. Uhle (cf. *supra*) señala solamente la presencia de galpones de probable construcción cañari, dispersos en una pampa, con un pequeño edificio inca, destinado acaso a la residencia del Inca o a la administración temporal del complejo. Esta distribución espacial reflejaría la premura de la construcción y la aquiescencia inca a contar con un refugio así sea de estilo local. No hay información sobre el estado en que se encontraban las ruinas cuando la visita de Uhle. De hecho, el sabio alemán no levantó el plano de todo el sitio, sino solamente de la casa inca, que estaba dotada de agua proveniente de una lagunita cercana. Fray Juan de Santa Gertrudis, que lo visitó hacia 1765, lo vio todavía en pie, aunque la premura de su viaje no le permitió examinar más a fondo el sitio:

“... al bajar una loma, topamos al lado del camino un palacio antiguo del rey inga y un pueblecito de indios antiguos, que serían unas cincuenta casas, todo lo cual no tiene techo alguno, sino sólo las paredes de piedrecitas llanas muy bien compuestas, sin mezcla ni liga alguna” (Santa Gertrudis 1970,4:156).

En su visita al lugar, en 1980, Hyslop (1984:34) encontró solamente la casa inca de Uhle y tres estructuras rectangulares, además de la lagunita, conjunto que el arqueólogo estadounidense considera como un tambo. Nada se sabe de los galpones, por lo que se presume que están destruidos.

En cambio, la gran Tomebamba fue construida con diseño imperial, y más aún, con el propósito de convertirla en segunda capital del Tahuantinsuyu. Tal intención se manifiesta con la “incanización” de la topografía local, a fin de replicar de alguna manera el entorno de la ciudad sagrada del Cuzco. La elaboración de este argumento fue llevada a cabo por Arriaga (1965:37ss) quien ha señalado los varios topónimos (i.e. Huataná, Monay, Uchupata, Pumapungo, Cachipamba, Cashapata, Cullca, Guanacuari, etc.), de claro origen cuzqueño, que se utilizaron para “rebautizar” las formas topográficas aledañas a la Tomebamba imperial. Aunque Arriaga se limita al simple traslado de los topónimos es evidente que esta acción tenía una motivación ideológica trascendental: el “traslado” desde el Cuzco de huacas, pacarinas, y acaso puntos de ceques, a la nueva capital imperial.

Las ruinas de Pumapungo, recuperadas por el Banco Central de Cuenca y convertidas en un parque arqueológico.
Foto M. García



*Páginas siguientes:
Las ruinas de Ingapirca vista por Humboldt.*
Colección
Matthias L. Abram

El descubrimiento de Tomebamba fue la culminación de una larga disquisición de intelectuales cuencanos sobre la ubicación de la ciudad imperial. Mientras algunos opinaban que se encontraba en los asentamientos incas de la cuenca del Jubones, otros se inclinaban por su ubicación en el sitio de Pumapungo, conocido ya desde la Colonia como fuente de materia prima para la construcción de numerosos edificios de la Cuenca colonial. De hecho, el primer molino y la catedral de esta ciudad habían sido construidos con piedra labrada extraída de Pumapungo.

A comienzos de la década de 1920, Max Uhle (1923b) realizó excavaciones arqueológicas en Pumapungo, sacando a la luz el núcleo del asentamiento inca, o sea, el palacio de Huayna Capac, el templo de Viracocha, y la amplia plaza imperial que los separa. Tan magno descubrimiento pasó literalmente desapercibido en la ciudad de Cuenca, y su breve informe (que incluye los planos del complejo) simplemente se perdió, hasta que alguien lo descubrió, hace 25 años, en una bodega del Museo Jijón y Camaño de Quito. Entretanto, la ciudad de Cuenca iniciaba su expansión urbana obliterando la mitad del complejo arqueológico descubierto. La



compra, por parte del Banco Central, del terreno de Pumapungo motivó las nuevas investigaciones que se realizaron en el lugar en la década de 1980, a cargo del arqueólogo Jaime Idrovo (2000).

Las excavaciones de Idrovo permitieron el redescubrimiento del complejo puesto a luz por Uhle, excepto el templo de Viracocha y la mayor parte de la plaza, hoy bajo manzanas de casas de la ciudad moderna. Al sur del complejo de Uhle, y hacia la parte baja del sitio que da al río Tomebamba, Idrovo (2000:84) descubriría además los contrafuertes del barranco, un túnel, un largo canal de 350 m de largo (incluido un “baño” o piscina), por donde desaguaba una laguna

artificial construida por los Incas a corta distancia del río Tomebamba; y, finalmente, los muros de defensa de las inundaciones del mencionado río. Toda la parte baja de Pumapungo constituiría el sector de las chacras del Inca. Prospecciones arqueológicas en los alrededores y revisión de documentos históricos han llevado a la ubicación tentativa de varios *uzhnos* y al descubrimiento del primer molino de Cuenca, construido por Núñez de Bonilla en la vecindad de Todos Santos.

La cultura material comprende una abundante muestra cerámica inca y local (ésta en proporción muy baja, sobre todo de los estilos Tacalzhapa y Cashaloma), artefactos de piedra, hueso y metal, y numerosas tumbas con ajuar funerario. La interpretación de estos materiales y de la arquitectura hacen del informe de Idrovo uno de los más completos en su género en la arqueología inca del Ecuador.

Otro monumento inca de importancia, en las cercanías de Tomebamba, es el complejo de Paredones de Molleturo, ubicado en las estribaciones occidentales del macizo del Cajas, y descrito por Villiers (1931) y Guzmán y García (1980). Se trata de un complejo grande con varias habitaciones, ubicado en una ladera que mira hacia una especie de plaza donde se halla una plataforma de piedra provista de

*Página opuesta:
Figurilla de oro
macizo de los incas.*

*Cerámica con
serpiente atribuida a
los incas.*

Colección Banco
Central, Cuenca



escalera. El sitio no ha sido excavado aún, pero su importancia es clara por su ubicación en el camino hacia la costa y junto a un ramal secundario del Capac-ñan que lo une con Tomebamba. Hablando de Molleturo, aparentemente en sentido amplio que abarca todo el macizo del Cajas, Albornoz (1989:187) señala que “*era guaca muy prencipal de los dichos cañares, es un cerro muy grande donde puso Topa Ynga Yupanguí mucha suma de guacas de muchos nombres*”.

En el mismo Cajas, en el sector de Pucará, se ha descubierto el complejo arqueológico llamado Mirador de Moyepungo, excavado por Odaira (1997). Consta de una especie de plaza flanqueada por un muro de 63 m de largo, con una pequeña edificación cañari sobre una colina aledaña. A unos 150 m de distancia, en el cerro Coro, existe otra construcción cañari con una larga escalera de acceso de 80 escalones. Finalmente, en las cercanías se ha encontrado un “baño” del Inca construido con piedra almohadillada. Las investigaciones aún no están concluidas, pero la ubicación del sitio en la zona de Cañaribamba, y por ende en otra ruta hacia la costa, es indicativa de la importancia atribuida tanto por cañaris como incas al comercio inter-regional.

En la provincia de Cañar se encuentra Ingapirca, el sitio inca más conocido del país. Reducido a la llamada “Elipse”, a fines del siglo XIX, Ingapirca es hoy un imponente monumento, que consta de un templo, una plaza, un conjunto de aposentos exteriores (llamado La Condamine, en memoria del geodésico francés que levantó el primer plano del sitio), un conjunto de bodegas y talleres, el complejo de Pilaloma (inexplicablemente considerado cañari, aunque su arquitectura es netamente inca) y un conjunto de baños rituales, en el sitio mismo y en el promontorio llamado Ingachungana.

Numerosos arqueólogos e historiadores se han ocupado de este sitio arqueológico, produciendo un cuerpo de información muy desigual, que requería la clarificación de un proyecto sistemático de investigaciones. Este proyecto fue llevado a cabo, a fines de la década de 1970, por la Misión Española, a cargo de José Alcina Franch. La investigación española incluyó excavaciones arqueológicas y la puesta en valor del monumento con acciones de restauración en los sectores pertinentes. Lamentablemente, el informe científico nunca fue publicado de manera que la información arqueológica que alimenta al monumento es en gran medida la

*Página opuesta:
Detalle de Ingapirca,
el sitio arqueológico
más conocido
del país.*

Foto M. García

obtenida por los numerosos investigadores que trabajaron en dicho sitio, antes de la llegada de la Misión Española (Cf. al respecto la excelente síntesis de Jaramillo, 1976).

Al norte de Ingapirca, junto al Nudo del Azuay, se encuentra el complejo de Culebrillas, construido en torno de la laguna homónima, probable *pacarina* de la nación cañari. Curiosamente, no se han encontrado en el lugar vestigios asociados con la cultura local, sino más bien una serie de monumentos incas, que incluyen Labrashcarumi (una planicie donde yacen cientos de piedras labradas de un edificio que nunca fue construido), las estructuras de piedra labrada a orillas de la laguna (una de ellas sumergida en sus aguas⁶), un conjunto habitacional de numerosos cuartos y el tambo de Paredones (reconstruido parcialmente en la Colonia por constituir el único lugar de descanso para los viajeros que cruzaban el Nudo del Azuay).

Es conocido que, luego de una conquista, los Incas adoptaban las *huacas* locales para congraciarse con sus nuevos súbditos. De hecho, las estructuras de la orilla de la laguna de Culebrillas habrán servido para ceremonias de reencuentro en las que los incas reiteraban la adopción de la *pacarina* cañari como *huaca* del imperio. De paso, el complejo de Culebrillas afianzaba el control de la única vía de acceso a la sierra meridional del país.

En el norte de la provincia de Cañar y en las estribaciones occidentales de la cordillera, se encuentra el complejo de Shungumarca (Reinoso 1971, Garzón Espinoza 1995), a poca distancia del pueblo de Socarte. Consta de un centro habitacional, una callanca de 50 m de largo, que al parecer bordea una plaza, un montículo-adoratorio, un *pucará*, y un petroglifo algo aislado del resto del complejo. Aunque el diseño general del complejo es inca, cabe mencionar que la cerámica asociada con este sitio es de estilo Tacalzhapa.

A propósito del petroglifo de Shungumarca, vale la pena una corta digresión sobre el rol de la piedra en la cultura andina. Se conoce que, a menudo, los incas integraban a sus asentamientos bloques de piedra y afloramientos rocosos, ya esculpidos o luciendo en forma natural. Se los encuentra en terrazas o formando parte de ellas, adosados a edificios, en medio de una plaza, o erigidos libremente en el entorno arquitectónico. Su simbolismo no siempre es

conocido, pero es indudable que su presencia determinaba la forma y ubicación de los edificios (Hyslop 1990:102). El *intihuatana* de Machu Picchu, o las piedras de Kenqo (Perú), son buenos ejemplos de piedras talladas, y Sumaypata (Bolivia), de un afloramiento grande esculpido (10 000 m² de área trabajada según Hyslop 1990:121).

En Ecuador hay varios sitios incas que tienen elementos líticos tallados. En Quitoloma (Pichincha) existe al menos un afloramiento rocoso natural al interior del complejo. En Ingapirca (Cañar), el “castillo” es otro afloramiento natural recubierto de piedra almohadillada, y el llamado Ingachungana, una formación de arenisca que tiene tallada una especie de “asiento”. Finalmente, Coyocor (Cañar), es otro afloramiento de arenisca que ha sido parcialmente tallado en escalones, canales y repisas angostas (las casas adosadas muestran hoy piedras de manufactura inca que sugieren inclusive la presencia de alguna estructura inca en su tiempo).

La interpretación funcional de estos elementos es muy variada y hasta fantasiosa: desde lugares de juego o de observación del paisaje hasta sillas y baños del Inca. Muchas de estas interpretaciones toman al objeto aislado de su entorno o son simplemente inferencias hechas con mente occidental, sin considerar el complejo simbolismo de la piedra en la cultura andina. Hyslop (1990:128) ha señalado claramente que, dependiendo de su ubicación y su tratamiento, un elemento lítico puede indicar un altar de ofrendas, una *huaca*, una *pacarina*, un *ushnu*, o un punto en el sistema de *ceques*, sin considerar otras funciones de menor significación. En este contexto, estimo que la interpretación adecuada de los elementos líticos debe tomar en cuenta que su simbolismo está necesariamente ligado a la manera como está integrado con el complejo arquitectónico del que forma parte. Por ende, salvo casos excepcionales de símbolos “universales” andinos, la interpretación de un elemento lítico de un sitio no es igual a la de un elemento similar de otro sitio.

Por último, cabe consignar algún comentario sobre la vialidad inca y cañari en Cuenca y su región. La construcción de caminos es un signo de integración del espacio, de ahí el interés de la arqueología contemporánea por la vialidad antigua que ayuda a comprender las relaciones de los pueblos, sus redes de intercambio y hasta sus políticas expansionistas. Por cierto, ningún pueblo ha construido redes

camineras sin contar con los caminos preexistentes. Por ello no debe extrañar que la red vial inca se confunda a menudo con la red cañari.

La investigación más completa y sistemática sobre el camino inca o “Capac-ñan” fue realizada por Hyslop (1984), quien recorrió personalmente los trechos mejor conservados y con mayor información documental, desde el norte de Argentina hasta el Ecuador. En nuestro país se estudió el camino que va de Achupallas, prov. de Chimborazo, hasta Cuenca, en una longitud de 100 km (Hyslop 1984:22ss). En Achupallas, el Capac-ñan comienza a remontar el Nudo del Azuay, que lo atraviesa hasta bajar a Culebrillas, dejando atrás el tambo de Cushishiana, a 3900 m de altura, y varias apachitas (amontonamientos de piedras dejadas por los viajeros a través de los siglos). El descenso a Culebrillas comienza en la cueva de Espíndola, refugio casi obligado del viajero que cruzaba el Nudo del Azuay. El camino inca desciende al valle glaciar, lo cruza en un tramo cubierto de piedra y toma el borde de la laguna hasta llegar al Tambo de Paredones.

*Camino
precolombino Narig,
Sigsig.
Foto E. Salazar*



Desde este lugar asciende a la planicie de Puyal, temida por los viajeros por cuanto carece de refugios naturales, dejando atrás los tambos de Puruhasirana y Huasipamba. En Puyal el Capac-ñan es muy recto, trazado en roca viva y con un ancho que llega a los 14 m. De la planicie, el camino desciende a Ingapirca, y luego al río Cañar, dejando atrás un probable tambo llamado Piru Pungu.

Ya en la zona poblada, el camino aparece y reaparece en las cercanías de Inganilla, Nazon, Chasquipotrero y Cojitambo. De Cojitambo a Deleg, Ricaurte y Cuenca, el camino es cada vez más esquivo. Una de ellas puede ser el camino que cruza el altiplano de Pachamama, no muy lejos de Cuenca. En todo caso, el Capac-ñan entraba en la Tomebamba imperial por la actual avenida Huayna Capac y se dirigía al sur por las colinas de Gapal. A partir de este punto, el camino se pierde; pero un segmento de 13 km fue avistado en Ayaloma, cerca de Nabón, y seguido hasta el tambo de Dumapara. Tal vez algún avance hacia el sur pueda hacerse redescubriendo la red de caminos que confluían en el “*huasca-chaca*” del río Jubones, recorridos hace más de cincuenta años por Durán (1944).

El camino descrito tiene dirección norte-sur y conecta los principales sitios incas en la región. Cabe preguntarse cómo se realizaba la integración del espacio en sentido este-oeste. Hay que suponer que en este punto debieron volverse relevantes los antiguos caminos cañaris. En un capítulo anterior se ha mencionado, por ejemplo, el camino que sale de Sigsig hacia Cuenca. Un pequeño tramo de un kilómetro de longitud se encuentra repavimentado y obliterado parcialmente por una carretera, pero sus profundos desbanques sugieren la probabilidad de que se trate de un camino precolombino, que, luego de conectar las ruinas de Narig, sale a San Bartolomé y hacia Guapondélig (Cuenca), atravesando tal vez la planicie de Pachamama. Por otro lado, el camino de Sigsig a Jima y Gualaquiza puede tratarse de una vía cañari de penetración a las selvas orientales, particularmente del río Cuyes, conocido por sus lavaderos de oro.

En el occidente, se ha establecido ya que existía un camino inca que unía a Tomebamba con el complejo de Paredones de Molleturo. Considerando que los cañaris también tenían intereses económicos y religiosos en el macizo del Cajas, no sería sorprendente que el camino inca haya sido construido sobre el cañari. No sabemos si los incas construyeron una vía desde Paredones de Molleturo hacia la

costa, pero existía un camino antiguo en la época de la invasión inca. Justamente, Cabello Balboa (1945:367) refiere que Huayna Capac, de regreso de la isla de Puná, pasó el río Guayas, y “*atravesó las montañas por caminos ásperos y no usados, y llegó por la vía de Mulluturu a Tumibamba*”.

Hacia el sur, en el abra del Jubones, debió existir también otra ruta local desde Cañaribamba hacia la costa, acaso más expedita que la de Molleturo por tratarse de una zona más plana y baja. Es probable que ambas vías llevaban eventualmente a algún embarcadero cañari sobre el Pacífico, usado luego por los españoles en la época colonial. En efecto, en otra versión del regreso de Puná, Montesiños (1882:152) refiere que el Inca partió con su ejército: “*Por caminos muy ásperos de árboles, pantanos y ríos; porque los de la Puná lo llevaron al puerto que hoy llaman de la Vola, con muchas balsas que enviaron los gobernadores de Tumbez y Puerto Viejo, y desde allí lo guiaron por estos parajes tan malos, que ellos se perdieron y el Inga, y nadie sabía por donde era el camino*”.

En fin, una ruta de Cañar hacia el *hinterland* de la actual provincia de Guayas ha sido recientemente descubierta por Garzón Espinoza (2000:144). La vía cañari toma uno de los ramales montañosos que bajan desde el Nudo del Azuay, adentrándose en la llanura costera. Hay evidencias de cerámica local y ruinas incas (*chasquihuasi*), que sugieren su posterior utilización como camino inca.

La presencia inca en Azuay y Cañar es fuerte a juzgar por los monumentos mencionados y otros ya desaparecidos de las zonas de Nabón y el río Jubones. El sojuzgamiento casi total del pueblo cañari marca el fin de su cultura primordial, aunque rezagos de ella se perciben en los *mitimaes* que fueron al Perú. Considerando que en tiempos precolombinos la gente casi no viajaba, excepto comerciantes y soldados, debemos asumir que los cañaris morían más o menos al pie del capulí. De ahí que su amargo trajinar en tiempos de las conquistas inca y española, debió haber afectado grandemente su densidad poblacional (Cf. al respecto Newson 1995, y Hirschkind 1995).

Alguien debiera escribir la historia de la dolorosa diáspora de este pueblo, para saber dónde y cuándo los cañaris hacían algo en tierras lejanas. Porque en 1549, un puñado de cañaris estaba al cuidado de las puertas de los conventos del Cuzco, para evitar que se refugie en ellos el asesino de Francisco Esquivel (Garcí-

laso de la Vega 1970:681). Porque en 1555, un expatriado cañari, Don Francisco Chillchi, provocaba la ira cuzqueña al presentarse en la fiesta de Corpus Christi blandiendo en su mano la cabeza cortada de un soldado Inca (Garcilaso de la Vega 1970:810). Porque en 1571-72 vivían en San Matías Payaca 72 cañaris; en San Miguel Catamucho 4; en San Sebastián Cazaden 53; en San Esteban de Chitilla 4; en San Cristóbal Chumara 4; y en San Antonio de Cajamarca 209 cañaris, en las encomiendas de Doñas Jordana Mejía y Beatriz de Ysásaga, provincia de Cajamarca, Perú (Rostworowski y Remy 1992: 98). Es un deber de la historia aclarar el ocaso de los cañaris precolombinos y el amanecer de la nueva nacionalidad cañari que prácticamente se desarrolla *quichuizada e incaizada*, sin rescatar elemento alguno de la cultura de sus contrapartes del pasado.

Bibliografía

Capítulo I

Cuenca y su región: en busca del tiempo perdido,

Ernesto Salazar

Notas

- ¹ El informe de Collier y Murra, “*Survey and excavations in Southern Ecuador*” (Anthropological Series 35, Field Museum of Natural History, Chicago, 1943) fue publicado en castellano en Cuenca (1982). Se cita aquí esta edición por ser acaso más accesible al estudioso ecuatoriano que la agotada y rara edición en inglés.
- ² Un ejemplo de la futilidad de las comparaciones estilísticas aisladas puede verse en algunas “interpretaciones” que hace Bamps (1879), al detallar la colección ecuatoriana de Emile de Ville, hoy en el Museo Real de Antigüedades de Bruselas. Al describir una vasija de cuello antropomorfo encontrada en Riobamba, Bamps (1879:115) señala que “el Dr. Schliemann ha encontrado en las ruinas de Troya numerosos vasos con analogías sorprendentes con este objeto. Los alfareros chipriotas han dejado igualmente modelos semejantes con motivos tomados de la figura humana (*traducción mía*)”. De paso, la colección de De Ville cuenta con numerosas vasijas de Azuay y Cañar, algunas aparentemente de las tumbas saqueadas en Chordeleg y otros sitios.
- ³ Max Uhle nunca publicó un informe sobre sus reconocimientos arqueológicos y excavaciones en el sur del país. La única fuente –breve, por cierto– de sus “andanzas” se encuentra en Uhle (1922b), pero no hay mención alguna de Tacalzhapa. Sin embargo, en Uhle (1992a:109-110), se menciona por dos ocasiones un “período de Tacalzhapa”, por tanto es probable que su estudio de este “período” se encuentre aún inédito en los archivos de Jijón y Caamaño.
- ⁴ La *pacarina* era un lugar sagrado asociado simbólicamente con el origen de un pueblo. En los Andes, todos los *ayllus* tenían su particular *pacarina*, que podía ser un río, un animal, un lago, una piedra o una montaña. El envío de *mitimaes* a lugares distantes del imperio Inca determinó la duplicación de *pacarinas*, ya que estos grupos “trasladaban” la antigua al nuevo destino, a veces en acción expedita con solo llevarse un pedazo de roca de la *pacarina* ancestral.
- ⁵ El P. Juan de Velasco (1977:64) hace una referencia al mismo asunto, aunque de manera diferente y fantasiosa: “... el río Culebrillas, llamado así por el curso hecho a mano de los gentiles, dando más de 300 vueltas y revueltas a compás, hasta desaguar al pie, en una pequeña laguna también formada a mano”. Mi observación se refiere solamente a un sector de meandros cerca de la laguna.
- ⁶ Las ruinas sumergidas corresponden probablemente a una estructura construida a orillas de la laguna, cuando el nivel de las aguas se encontraba más bajo, por efecto del descenso producido en la Pequeña Edad del Hielo, básicamente entre 1450 y 1850 d. C.

Bibliografía

Albornoz, Cristóbal de, Instrucción para descubrir todas las guacas del Pirú y sus camayos y hazien-
das, en *Fábulas y mitos de los Incas*, por C. de Molina y C. de Albornoz, Edición de Henrique Ur-
bano y Pierre Duviols, Ediciones Historia 16, Madrid, 1989.

- Almeida, Napoleón, *Nuevos estudios sobre el Azuay aborigen*, Universidad del Azuay, Cuenca, 1991.
- Prehistoria de la cuenca del río Cañar*, Universidad del Azuay, Cuenca. Ángeles, Domingo de los (Fr.), 1967.
- San Francisco de Paccha y San Bartolomé de Arocxapa, en *Relaciones Geográficas de Indias*, Marcos Jiménez de la Espada, ed. 2:270-271, Biblioteca de Autores Españoles, Madrid, 1965.
- Arellano López, Jorge, Primeras evidencias del Formativo tardío en la Sierra Central del Ecuador, en *Formativo Sudamericano: una reevaluación*, Paulina Ledergerber-Crespo, ed. pp. 160-175, Producciones Digitales UPS, Quito, 1999.
- Arriaga, Jesús (Pbro.), *Apuntes de arqueología cañar*, Publicaciones de la Universidad de Cuenca, Cuenca, 1965.
- Bamps, Anatole, Les antiquités équatoriennes de Musée Royal d'Antiquités de Bruxelles, en *Congrès International des Americanistes, Compte Rendu de la Troisième Session*, 2:47-153, Bruselas, 1879.
- Bedoya Maruri, Ángel, *La arqueología en la región interandina del Ecuador*, Casa de la Cultura Ecuatoriana, Quito, 1978.
- Bennett, Wendell C., *Excavations in the Cuenca region, Ecuador*, Yale University Publications in Anthropology, N° 35. Yale University Press, New Haven, 1946.
- Braun, Robert, The Formative as seen from the Southern Ecuadorian highlands, en *Primer Simposio de Correlaciones Antropológicas Andino-Mesoamericano*, Jorge G. Marcos y Presley Norton, eds., pp. 41-99, Escuela Técnica de Arqueología, Guayaquil, 1982.
- Bruhns, Karen, Los talleres de cristal de roca de Pirincay, provincia del Azuay, *Miscelánea Antropológica Ecuatoriana* 7:91-100, 1987.
- Investigaciones arqueológicas en Pirincay, Informe sumario 1988, Universidad Estatal de San Francisco. Ms., 1988.
- Huaquería, procedencia y fantasía: los soles de oro del Ecuador, *Boletín Museo del Oro* 44-45:183-205, Bogotá, 1999.
- Social and cultural development in the Ecuadorian highlands and Eastern lowlands during the Formative, en *Archaeology of Formative Ecuador*, J. Scott Raymond y Richard L. Burger, eds.; p. 125-174, *Dumbarton Oaks*, Washington D.C., 2003.
- Bruhns, Karen; James H. Burton; y George R. Miller, Excavations at Pirincay in the Paute valley of southern Ecuador, 1985-1988, *Antiquity* 64 (243):221-233, 1990.
- Burger, Richard L.; F. Asaro; H.V. Michel; F. H. Stross; y E. Salazar, An initial consideration of obsidian procurement and exchange in Prehispanic Ecuador, *Latin American Antiquity* 5(3):228-255, 1994.
- Cabello Balboa, Miguel, *Obras*, tomo I. Editorial Ecuatoriana, Quito, 1945.
- Carmichael, Elizabeth; Warwick Bray; y John Erickson, Informe preliminar de las investigaciones arqueológicas en el área de Minas, Río Jubones, Ecuador, *Revista de Antropología* 6:130-153, Casa de la Cultura Ecuatoriana, Cuenca, 1979.
- Collier, Donald; y John Murra, *Reconocimiento y excavaciones en el Sur del Ecuador*, Centro de Estudios Históricos y Geográficos de Cuenca / PUCE, sede en Cuenca, Cuenca, 1992.

- Cordero, Luis, *Enumeración botánica de las principales plantas, así útiles como nocivas, indígenas o aclimatadas, que se dan en las provincias del Azuay y del Cañar de la República del Ecuador*. Afrodisio Aguado, Madrid, 1950.
- Cordero Palacios, Octavio, *El Azuay histórico: los Cañaris y los Inco-cañaris*, Consejo Provincial del Azuay, Cuenca, 1981.
- Di Capua, Constanza, *De la imagen al ícono*, Ediciones Abya-Yala, Quito, 2002.
- Durán, Miguel T., Caminos incaicos en la provincia de Cañaribamba, *Revista del Centro de Estudios Históricos y Geográficos de Cuenca*, p. 230-233, 1944.
- Ekstrom, J. Peter, Responding to a new ecology: adaptations of colonists in Eastern Ecuador, *Papers in Anthropology* 16(1):25-38, Department of Anthropology, University of Oklahoma, Norman, 1975.
- Espinoza Soriano, Waldemar, *Los Incas. Economía, sociedad y estado en la era del Tahuantinsuyu*, Amaru Editores, Lima, 1987.
- Ficarelli, G.; A. Azzaroli; V. Borselli; M. Coltorti; F. Dramis; O. Fejfar; A. Hirtz, y D. Torre, Stratigraphy and paleontology of Upper Pleistocene deposits in the Interandean Depression, Northern Ecuador, *Journal of South American Earth Sciences* 6(3):145-150, 1992.
- Ficarelli, G.; A. Azzaroli; A. Bertini; M. Coltorti; P. Mazza; C. Mezzabotta; M. Moreno Espinoza; L. Rook, y D. Torre, Hypothesis on the cause of extinction of the South American mastodonts, *Journal of South American Earth Sciences* 10(1):29-38, 1997.
- Garcilaso de la Vega, Inca, *Historia General del Perú*, 3 vols. Editorial Universo, Lima, 1970.
- Garzón Espinoza, Miguel, *Shungumarca, asentamiento cañari-inca*, Comisión del Castillo de Ingapirca, Municipio del Cantón Cañar, 1995.
- Arqueología del Cañar Septentrional*, Comisión del Castillo de Ingapirca, Municipio del Cantón Cañar, 2000.
- González Suárez, Federico, *Estudio histórico de los Cañaris, pobladores de la antigua provincia del Azuay*, Universidad de Cuenca, 1965.
- Historia General de la República del Ecuador*, 3 vols, Casa de la Cultura Ecuatoriana, Quito, 1969.
- Guffroy, Jean, ed., *Loja préhispanique. Recherche archéologiques dans les Andes méridionales de l'Equateur*, Editions Recherches sur les Civilizations, Synthèse 27, Paris, 1987.
- Guzmán, Wilson, y Edison García, *Paredones*, Tesis de Licenciatura, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Cuenca, Cuenca. Ms. Heuzey, L, 1980.
- Le trésor de Cuenca. *Gazette des Beaux Arts* 4:113-127. París, 1870.
- Hirschkind, Lynn, History of the Indian Population of Cañar, *Colonial Latin American Historical Review* 4(3):311-342, 1995.
- Hyslop, John, *The Inka road system*, Academic Press, New York, 1984.
- Inka settlement planning*, University of Texas Press, Austin, 1990.
- Idrovo, Jaime, *Prospection archéologique de la Vallée de Cuenca*, *Equateur*, Tesis de doctorado, Université de Paris I, París, 1984.
- Tomebamba: primera fase de conquista incásica en los Andes septentrionales, Los Cañaris y la conquista incásica del Austro ecuatoriano, en *La frontera del Estado Inca*, Tom D. Dillehay, y Patri-

- cia Netherly, eds., p. 71-84, Fundación Alexander von Humboldt / Ediciones Abya-Yala, Quito, 1998.
- Tomebamba, arqueología e historia de una ciudad imperial*, Ediciones del Banco Central del Ecuador, Cuenca, 2000.
- Idrovo, Jaime; y N. Almeida Durán, *La cerámica en Ingapirca*, Comisión de Ingapirca, Cuenca, 1977.
- Jaramillo, Mario, *Estudio histórico sobre Ingapirca*, Universidad Católica del Ecuador, Quito, 1976.
- Jijón y Caamaño, Jacinto, Una gran marea cultural en el Noroeste de Sudamérica, *Journal de la Société des Americanistes*, Nueva Serie, 22:107-197, 1930.
- Antropología Prehispánica del Ecuador*, La Prensa Católica, Quito, 1952.
- Lanning, Edward, *Peru before the Incas*, Prentice-Hall, Englewood Cliffs, N. J. Lathrap, Donald, 1967.
- Ancient Ecuador: culture, clay and creativity*, Field Museum of Natural History, Chicago, 1976.
- Lynch, Thomas F., y Susan Pollock, La arqueología de la Cueva Negra de Chobshi, *Miscelánea Antropológica Ecuatoriana* 1:92-119, 1981.
- Matovelle, Julio, *Cuenca de Tomebamba*, Centro de Estudios Históricos y Geográficos del Azuay, Cuenca, 1921.
- Meyers, Albert, La tradición Tacalzhapa y la arqueología del Cañar y Azuay en la Sierra Sur del Ecuador. Una secuencia a base de comparaciones con el Norte del Perú, en *50 Años de Estudios Americanistas en la Universidad de Bonn*, Sabine Dedenbach-Salazar Saenz, Carmen Arellano Hoffmann, Eva Köning y Hieko Prümers, eds. p. 169-199. BAS 30, Bonn, 1998.
- Moreno Mora, Manuel, *Diccionario etimológico y comparado del kichua del Ecuador*, 2 vols, Casa de la Cultura Ecuatoriana, Cuenca, 1955-67.
- Montesinos, Fernando de, *Memorias antiguas historiales y políticas del Perú*, Colección de Libros Españoles, Raros o Curiosos, vol. XVI, Madrid, 1882.
- Newson, Linda A., *Life and death in Early Colonial Ecuador*, University of Oklahoma Press, Norman, 1995.
- Odaira, Shuichi, Mirador de Moyepungo: un sitio incaico en el sur de la provincia del Azuay, *Fronteras de Investigación* 1(1):72-77, 1997.
- Rehren, Thilo; y Mathilde Temme, Pre-Columbian gold processing at Putushio, South Ecuador: The archaeometallurgical evidence, en *Archaeometry of Pre-Columbian Sites and Artefacts* David A. Scott, y Pieter Meyers, eds., pp. 267-284, Getty Conservation Institute, Malibu, CA, 1994.
- Reinoso, Gustavo, Horizonte precerámico de Chobshi, *Revista de Antropología* 2:232-251, Casa de la Cultura Ecuatoriana, Cuenca, 1970.
- Vestigios arqueológicos en la región occidental del Nudo del Azuay, *Revista de Antropología* 3:227-248, Casa de la Cultura Ecuatoriana, Cuenca, 1970.
- Rodicio García, Sara; y Riesco Terrero, Ángel, Minas de oro "Santa Bárbara" en los Cañaris, en *El Area Septentrional andina. Arqueología y etnohistoria*, Mercedes Guinea, comp., pp. 9-28. Ediciones Abya-Yala, Quito, 1998.
- Rostworowski, María, y Pilar Remy, *Las visitas a Cajamarca, 1571-72/1578*, 2 vols, Instituto de Es-

tudios Peruanos, Lima, 1992.

Salazar, Ernesto, *Talleres prehistóricos en los altos Andes del Ecuador*, Departamento de Difusión Cultural, Universidad de Cuenca, 1980.

El hombre temprano en el Ecuador, en *Nueva Historia del Ecuador*, Enrique Ayala, ed., 1:73-128. Corporación Editora Nacional, Quito, 1990.

El intercambio de obsidiana en el Ecuador precolombino: perspectivas teórico-metodológicas, en *Arqueología en América Latina hoy*, Gustavo Politis, ed., pp. 116-131, Fondo de Promoción de la Cultura, Banco Popular, Bogotá, 1992.

La extinción de la megafauna pleistocénica del Ecuador, en *Ambito y ocupaciones tempranas de la América tropical*, Inés Cavalier y Santiago Mora, eds. pp. 83-90, Colcultura, ICAN, Fundación Eri-gaie, Bogotá, 1999.

Pasado precolombino de Morona Santiago, Casa de la Cultura Ecuatoriana, Macas, 2000.

Salomon, Frank, Ancestors, grave robbers, and the possible antecedents of Cañari "inca-ism", en *Natives and neighbors in South America. Anthropological Essays*, Harald O. Skar y Frank Salomon, eds., pp. 207-232, Etnologiska Studier, 38, Götteborgs Etnografiska Museum, 1987.

Santa Gertrudis, Juan de (Fr.), *Maravillas de la naturaleza*, 4 vols, Biblioteca Banco Popular, Bogotá, 1970.

Saville, Marshall, *The gold treasure of Sigsig, Ecuador*, Museum of the American Indian, Heye Foundation, New York, 1924.

Saville, Marshall; y Segarra Iñiguez, Guillermo, *El tesoro del Sigsig, Ecuador*, Corporación Editora Nacional, Quito [Traducción del trabajo de Saville, anotada], 2000.

Segarra Iñiguez, Guillermo, *Monografía del Cantón Sigsig*, Municipalidad de Sigsig, 2003.

Stohtert, Karen, *La Prehistoria temprana de la península de Santa Elena, Ecuador: Cultura Vegas*. Miscelánea Antropológica Ecuatoriana, Serie monográfica 10, 1988.

Los primeros pueblos, en *Guayaquil, al vaivén de la ría*. Karen Stohtert, Florencio Compte Guerrero, Ángel Emilio Hidalgo, Wellington Paredes Ramírez, y Carlos Tutivén, pp. 18-73, Ediciones Libro Mundi Enrique Grosse-Luemern, Quito, 2003.

Taylor, Anne-Christine, *Los Paltas: los jívaros andinos precolombinos a la luz de la etnografía moderna*, en *Conquista de la región jívaro (1550-1650)*, Anne-Christine Taylor y Cristóbal Landázuri, eds., p. 33-58, IFEA / MARKA, Quito, 1994.

Temme, Mathilde, *Excavaciones en el sitio precerámico de Cubilán, Ecuador*, Miscelánea Antropológica Ecuatoriana 2: 135-164, 1982.

El Formativo en Putushío, Sierra Sur del Ecuador, en *Formativo Sudamericano: una reevaluación*. Paulina Ledergerber-Crespo, ed. pp.124-138, Producciones Digitales UPS, Quito, 1999.

Uhle, Max, *Sepulturas ricas de oro en la provincia del Azuay*, Boletín de la Academia Nacional de Historia, 4(9):108-114, 1922a.

Influencias mayas en el alto Ecuador, Boletín de la Academia Nacional de Historia, 4 (10-11):205-240, 1922b.

Civilizaciones mayoides de la Costa Pacífica de Sudamérica, Boletín de la Academia Nacional de Historia, 6(15-17):87-92, 1923a.

- Las ruinas de Tomebamba*, Centro de Estudios Históricos y Geográficos del Azuay, Cuenca, 1923b.
- Valdez, Francisco, *Los monumentos del Sigsig, Arqueología de Chobshi-Shabalula*, Museo del Banco Central, Quito. Ms, 1984.
- Velasco, Juan, *Historia del Reino de Quito en la América Meridional*, 3 vols, Casa de la Cultura Ecuatoriana, Quito, 1977-79 .
- Verneau, R.; y Paul Rivet, *Ethnographie ancienne de l'Equateur*, Mission du Service Geographique de l'Armée pour la Mésure d'un Arc de Méridian Equatorial en Amérique du Sud, Tomo 6. Ministerio de Instrucción Pública, París, 1912.
- Villiers, C. H, Observaciones sobre las ruinas incaicas de Molleturo, *Revista del Centro de Estudios Históricos y Geográficos de Cuenca*, 5(19):277-289, 1931.
- Willey, Gordon R., *An Introduction to American Archaeology*, vol. 2, South America, Prentice-Hall, Englewood Cliffs, 1971.